

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 29 DE NOVIEMBRE DE 1886 →

NUM. 257

NÚMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTISTAS ESPAÑOLES.—BALDOMERO GALOFRE Y SUS OBRAS



BALDOMERO GALOFRE, copia de una fotografía, grabada por Sadurní

SUMARIO

TEXTO.—Baldomero Galofre, por don J. Yxart.—*Episodios cómicos de un viaje á Rusia*, por don Nicolás Díaz de Benjumea.—*La hoja del árbol* (conclusión), por don Vicente Colorado.—*El sacamuelas*, por don Cecilio Navarro.—*La cueva de Hércules*, por don J. Ortega Munilla.

BALDOMERO GALOFRE

Escribo estas líneas cuando aun suenan los ditirambos de unos, los distingos ó las francas censuras de otros. El pintor Galofre, de regreso á su patria, abre su album ante los artistas apiñados junto á él en el salón Parés, y conforme vuelve las hojas, va desprendiéndose de ellas unas veces el acre olor de la naturaleza rústica, otras, la esencia sutil de un arte elegantísimo, ó el hálito ardoroso de aquella Italia de los pintores napolitanos, relumbrante, alegre, é impregnada de seductora poesía. Los espectadores admiran ó discuten, pero todos se enardecen; comparan y distinguen, pero todos pronuncian la frase consagrada:

—¡Qué temperamento!

Y en realidad, el pintor es todo un temperamento esencial y positivamente artístico, donde se funden la arrebatada valentía y el fogoso desenfado con la sensibilidad profunda y una ejecución vigorosa: sangre ardiente, nervios irritables y tenues, y musculatura de acero. Cada una de estas cualidades produce obras de diverso, y aun opuesto estilo; ayudándose mutuamente, la riquísima variedad que admira el más prevenido, en la exposición Parés.

Galofre exhibe en ella grandes y pequeños cuadros al óleo, paisajes y testas en claro-oscuro, marinas á la aguada, apuntes de figura á pluma, croquis de animales á lápiz: todos los procedimientos, todos los géneros, y todos los estilos. El pintor vació sus carteras, sin guardar en ellas receloso el menor trazo; franco y leal, con la infantil ingenuidad de su carácter, muestra cuánto es, y cuánto vale, de modo que nos permite conocerle en la intimidad, como el amigo que, abriendo su bufete, nos enseñase desde los pergaminos y escrituras hasta los sobres de las esuelas que escribió aquella mañana.

Sea cual fuere el concepto ulterior que nos sugieran las obras, gran condición nos parece desde luego su variedad, la desenfadada franqueza en la exhibición, y el don de apasionar á los inteligentes y galvanizarnos á todos con un espectáculo artístico.

Descuella en aquel temperamento el amor intensísimo á la naturaleza, amor panteístico de nuestro siglo, exaltado por una imaginación vivaz, y exacerbado por el anhelo nunca satisfecho, siempre palpitante y casi diré jadeante, de quien aspira á penetrarla, fundirse con ella, arrancarla sus secretos. En punto al sentimiento y poesía de sus colores, Galofre, arrebatado de semejantes ansias, acierta unas veces con la eterna verdad, otras se extravía por el camino de lo fantástico. Su amor al natural, cuando robusto y enérgico, produce aquellos paisajes admirables al carbón, donde trasmite impresiones tan distintas como la de una transparente charca perdiéndose entre húmeda arboleda, ó una puesta de sol en melancólica llanura erizada de muezas, que cruzan, arrebujados ya en las sombras, un buey y un pastor. El sentimiento de la naturaleza, no divorciado de la ejecución, firme y exacta, palpita en aquellas páginas trazadas con gran simplicidad de recursos, y con áspera sublimidad. Del propio modo en el gran cuadro al óleo, el *Ave María*, en que se nos ofrece igualmente el color exacto del natural, sobrio y esfumado, acierta el pintor en los tonos con vivacidad y vigor verdaderamente notables. ¡Qué luz tan intensa! ¡qué dorado fulgor el de aquel ocaso, incendiando el lejano horizonte que recorta la negruzca llanura á lo infinito bajo un cielo de un azul pálido y melancólico ma-

gistralmente pintado! En aquella *playa de Nápoles*, otro cuadro que si no supera iguala por lo menos al anterior, la fidelidad de los colores, unida á la riquísima variedad de matices en cada objeto, en cada figura, diestramente modeladas todas, la esplendidez del cielo, la suave brillantez del mar que lame con mil lenguas de espuma y ondas de nácar los recodos de la costa, producen un conjunto de verdad tan viva y seductora que embelesa y maravilla.

Mas conforme se vuelve la vista á los demás cuadros, se observa que el pintor se divorcia lentamente y paso á paso de la sólida verdad, por cierta fascinación y embriaguez que causan en su naturaleza de artista más fúlgidos tonos, más viveza de luces. En su cuadro al óleo donde figura una nodriza vigilando á dos niños, todo adquiere

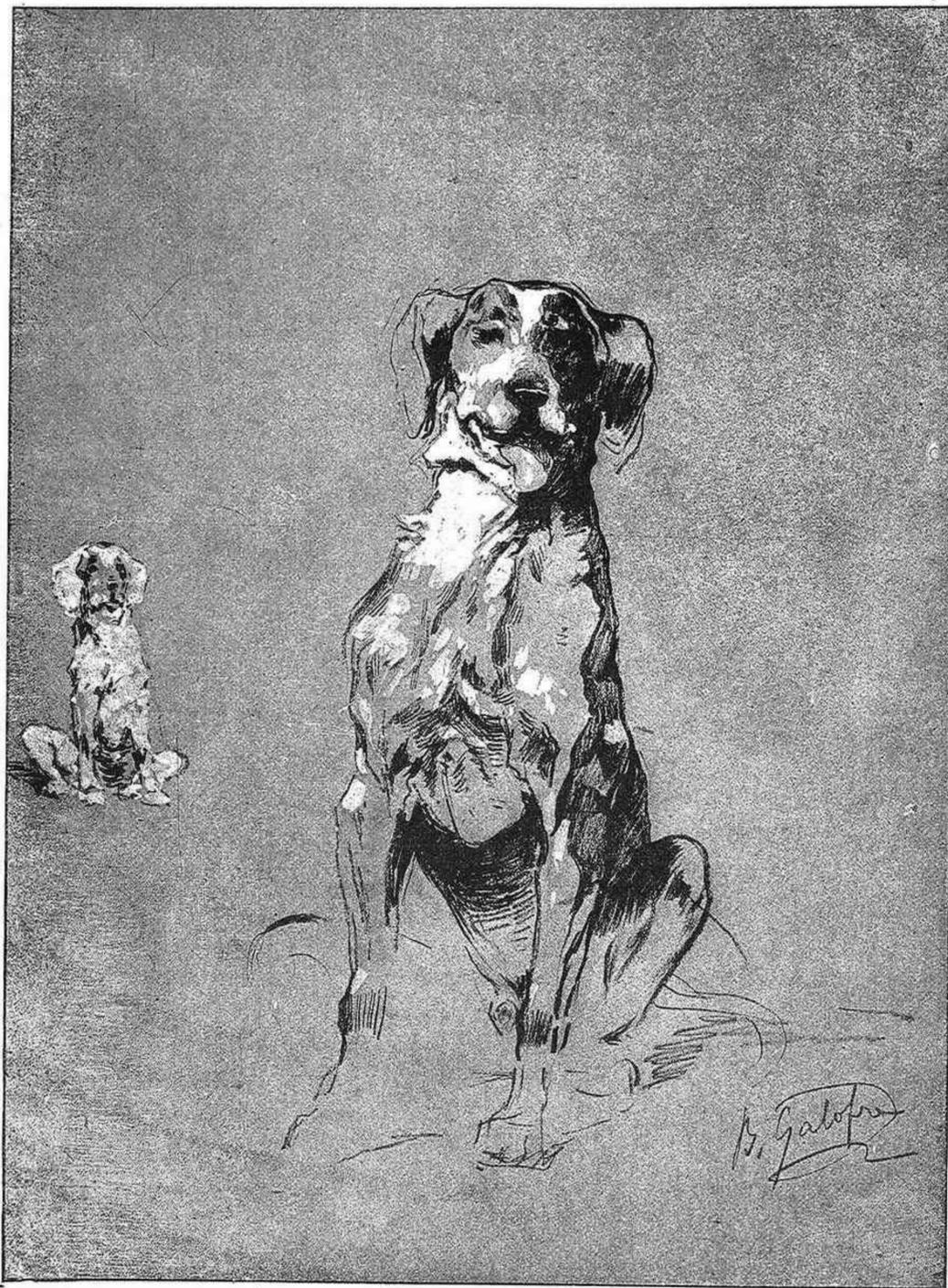
estilo como en el color. ¿Quién creería que fuesen de una misma mano aquellas testas vivaces, de expresión enérgica, de trazos duros, la mirada penetrante, el alma en el rostro, si se las compara con los delicadísimos perfiles de las escenas de gitanos? Allí la simplicidad grandiosa, aquí la rara distinción. No puede darse mayor limpieza en acertar con la línea característica, unas veces con nimio esmero, otras con incorrecta fogosidad. En los apuntes principalmente, el perfil aparece firme y seguro, como sorprendido sin previos tanteos, y á pesar de esto, palpitante de movimiento y gracia. Un simple trazo traslada toda una postura instantáneamente arrancada á la vida; el gesto de las figuras es variado como ella, y como ella siempre nuevo; los grupos, en la más breve composición, se rebullen con animación inusitada, vivificados por la inquietu impresionabilidad del artista. Aunque pudieran señalarse incorrecciones visibles en algunos dibujos, principalmente en las testas al carbón, nada valen estos pormenores. ante la aptitud saliente de arrebatar, así á la naturaleza animada, como á la naturaleza muerta, su forma esencial y distinta, con facilidad incomparable y del primer golpe.

Galofre es poeta. Hay siempre en sus composiciones algo imaginado, algo sentido que es difícil indudablemente separar del sentimiento y la imaginación exclusivamente pictóricos, pero que va más allá de lo que estos alcanzan con sus medios adecuados. Esta condición explica la especial fascinación que ejercen sus obras en el ánimo de los no inteligentes, y con cuánta facilidad le perdonan algunos defectos ya señalados, principalmente en el uso del color. Apenas hay cuadro suyo que no comunique al espectador la vibración nerviosa que estremece al artista; en bien pocos, el lugar, la hora, el panorama, el asunto, carecen de valor ideal ó dejan de sugerir algo que no siempre cabe en la pintura, pero que abre camino al comentario poético. En el *Ave María*, no le basta la elección del crepúsculo vespertino, ni la serenidad infinita de la horizontal; á trueque de prolongarlos con exceso, le es fuerza dar su valor á los penachos de humo de los hogares, como simbolo de la oración que se remonta tranquila al cielo en una atmósfera diáfana. Las barcas de sus pescadores llevan todas atado al descuido en la carcomida proa, el correspondiente ramo, poética costumbre italiana harto común, pero aquel ramo seguramente no es para el artista una nota más, y un detalle

airoso del natural; cuelga de él el recuerdo de aquella poesía vívida, desenfadada, verdaderamente popular de los meridionales. Galofre me enseñaba apuntados en su cartera algunos rótulos de barcas napolitanas, con la fruición de quien lee en aquellos nombres y dedicatorias picarescos y graciosos, la historia íntima de un pueblo. Había entre otras, una inscripción recogida en las desvencijadas tablas de una lancha que naufragó, donde algunos compañeros del patrón grabaron groseramente, á modo de epitafio, esta sencilla frase: *¡Póvero marinaio!* Bastábale á Galofre tan lacónico mote para concebir toda una elegía; era para él como un sollozo.

No sólo la elección de ciertos asuntos, sino la de los espectáculos de determinadas clases, arguye en Galofre temperamento poético singular. El mar y su gente que, según parece, le embelesan tanto, ¿no constituyen toda una región, por cierto extensísima, del mapa de la poesía? Nuestros chalanes andaluces, en sus cosos y en sus bodas, atraen sin duda al autor, no sólo por pintorescos, sino por vehementes y geniales y afines por tanto con su carácter expansivo y rebelde á toda sujeción. Galofre, sin embargo, no parece partir su cariño con predilección alguna. Bien claro dicen sus numerosísimos cuadros, que ama todo el natural sin distinción de géneros ni clases y con universal afecto, y que su ansia indecible consiste en dar relieve y forma plástica al alma palpitante de las cosas, cualesquiera que estas sean. Lograrlo universalmente, ¿quién lo ha logrado? Pretenderlo tan sólo, engrandece al artista.

J. YXART



ESTUDIO (del natural)

la nitidez vibrante de la cámara oscura, y desde el cielo arrebolado hasta la última hoja, están pintados con aquella intensidad de visión que deslumbra y alegra, que fascina, pero que inquieta el ánimo como la primera intrusión de la fantasía en el uso del color.

En las varias *Marinas*, donde Galofre osado, agitado, pretende transmitir al papel toda la braveza de las olas encrespadas, chispeando heridas por el sol ó teñidas con los tonos siniestros de la tempestad, asombra realmente, pero se aumenta la inquietud. Una sensación de color, aguzada, sutilizada hasta su último límite, le lleva todavía más allá en sus tablas «Una carrera de gitanos á caballo» y el «Séquito de una boda.» En ellas parece derramó el autor á puñados chispas de fuego; centellean los más nimios adornos con microscópicos destellos, brillan en los rostros, en los trajes, en los más insignificantes pormenores, tenues y casi imperceptibles matices de ígnea viveza. ¡Qué hechizo tan singular el de aquellas iluminadas miniaturas, pero cómo en ellas se convierte la pintura en deleite refinado de los ojos, al modo que los cinceladores de versos convierten la poesía en deleite del oído! Por mi parte, prefiero sin vacilar la fusión de ésta con la verdad externa de los objetos, alcanzada magistralmente en los paisajes al carbón, y en los cuadros al óleo que más arriba cité.

Galofre, como dibujante, más espontáneo y apasionado que concienzudo, se muestra tan vario é inagotable en su

EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE Á RUSIA (I)

I

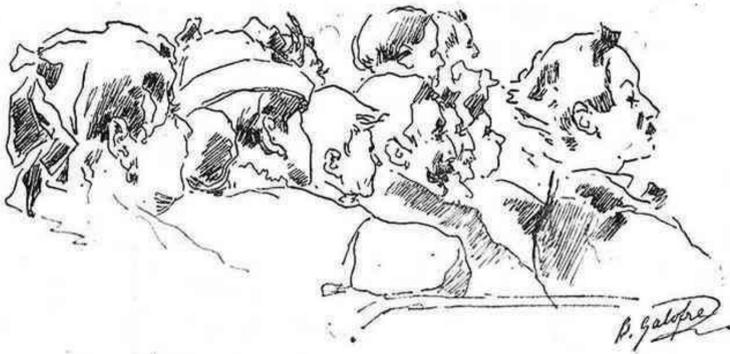
A mediados de noviembre de 1856, regresaba á Paris el Excmo. Sr. Duque de Osuna y del Infantado de una expedición á Plombières y Baden-Baden, cuando se vió agradablemente sorprendido con el nombramiento de embajador de España en la corte del Czar de todas las Rusias. Hábiale yo acompañado en la excursión veraniega, como secretario particular que era desde su último viaje á Londres en el año anterior, y como una cosa es andarse de fiesta en regocijo en países libres y en climas seductores y otra encaminarse á la región de los cuervos al entrar los frios, tuvo la deferencia de preguntarme si sería gustoso en acompañarle en su misión diplomática. Faltóme tiempo para aceptar, guiado por mi afición á novedades y á ver mundo, pero luego



APUNTE (del natural)

me asaltaron en tropel ininidad de reflexiones capaces de alterar la resolución de un ánimo prudente ó por lo menos utilitario. Hacía algún tiempo que residía en Inglaterra, y estaba acostumbrado á respirar en una atmósfera físicamente nebulosa; pero políticamente de las más claras y diáfanas de Europa. Poco antes había tenido lugar en España lo que unos llaman sublevación del Campo de Guardias, ó levantamiento de Vicálvaro, y que yo me empeñé en sublimar y poetizar en un opúsculo intitulado: «Mitología de la Revolución». Había conocido á grandes personajes emigrados de Hungría, Polonia, Rusia, Italia, Alemania, y sobre todo de Francia, refugiados en Londres, principalmente á Mazzini, Kossuth, Ledru-Rollin; en suma, así á los que frecuentaban los salones del radical miembro del Parlamento inglés, Peter Taylor, como á los que comían en el modestísimo restaurant de la *Boule d'Or* en Chappel Street, y hasta había reunido una colección de folletos, opúsculos, cartas, necrologías y discursos que llamaba la *Biblioteca del destierro*, en que figuraban por su estilo y su fondo Víctor Hugo, Alejandro Herzen, Félix Pyat y otras notables plumas.

Pasar de la corte de los *meetings*, de las asambleas políticas populares *al fresco*, bajo el árbol de la Reforma ó al pie de los leones de la gran plaza de Trafalgar, á una corte donde para empezar, no se permitía fumar por las calles, era una transición asaz violenta para quien no se nutre sólo de carne y vino, sino de ideas y discusiones libres. Era aquel viaje una especie de disimulado destierro á una Siberia de color de rosa: ponerse en incomunicación con el cerebro de la Europa, ver de cerca la esclavitud que siempre había visto de lejos, y familiarizarme con revistas, paradas y simulacros militares, que siempre me parecieron juegos pesados de niños grandes. Además, San Petersburgo era la corte de la etiqueta, monótona, brillante, donde cada cual luce un traje de vistosas lentejuelas y entorchados, con su correspondiente calvario de cruces en el pecho, y refulgentes cascos y plumíferos tricornos en la cabeza, y desentona mucho un cuervo entre tantas oropéndolas y pavos reales, sin más cruz que la de sus pecados y por añadidura con el sambenito del frac y el vergonzante gibus bajo el brazo. Pero estaba echado el dado y era corto el tiempo para solicitar el uniforme de Sanjuanista ó siquiera de maestrante de



EN EL TEATRO (croquis del natural)

Ronda ó de Sevilla, con los cuales parece uno un capitán general en día de media gala. Por fortuna, hice mi composición de lugar, pues no llevando carácter oficial

(1) Tenemos el gusto de insertar este artículo inédito del distinguido escritor D. Nicolás Díaz de Benjumea, primero de una serie que se proponía escribir cuando le sorprendió la muerte y que há tiempo teníamos en cartera, con lo cual creemos rendir un tributo de afecto á la memoria de nuestro malogrado amigo, y proporcionar á nuestros lectores una ocasión más de apreciar el castizo estilo y el gracejo de tan ingenioso escritor.—(N. de los E.)



UNA CALLE DE TERMINI, Golfo de Nápoles (apunte del natural)

alguno, pensaba vivir retraído é independiente, consagrando mi tiempo al estudio de una sociedad nueva, y no olvidando el de la que por entonces empezaba á llamar mi atención en el campo de nuestra literatura patria, cual era la sociedad imaginaria de Cervántes en su novela realista del *Quijote*.

II

Bruselas, Colonia, Berlín, Varsovia... todas estas capitales fueron atravesadas á vuela máquina y como corresponde á pueblos civilizados, es decir sin hallar nada nuevo que poner en sus librillos de memoria los individuos de la misión diplomática ni sus agregados. ¡Dios nos libre de países que necesitan libros en folio de impresiones! Allá se entienda eso con los separados del comercio humano, que necesitan de un Marco Polo, ó un Livingstone, y donde hasta el pobre rey de la creación se presenta como un nuevo mono ó gorila á la curiosidad de los lectores. El verdadero uniforme social del porvenir será el de las prácticas civilizadas y refinadas, que por fuerza han de ser las mejores, y si llegamos á hastiarnos de monotonía, es como cuando nos hartamos de pavo, trufas y champagne, que al cabo no es ninguna bazofia.

En Varsovia comenzó á variar la decoración porque estábamos ya en terreno eslavo, y era donde finalizaban las vías férreas, y arrancaban las jornadas en silla de posta. Allí estuvimos ocho días, alojados como príncipes por el Virey Gortschakoff. Daba pena el ver, en medio de la nieve que ya cubría las calles, y del silencio y orden que reinaba en Varsovia, la estatua del gran Galileo, dispuesto á negar de nuevo que la tierra se moviese al sentir tamaña parálisis en una raza latina. En cambio, se hacían notar los grandes bailes en el teatro; pero todo el gusto se me agrió al ver que por deferencia no había puesto por guardia de honor á la puerta del palco dos cosacos del Don, que parecían el Gog y el Magog de las leyendas populares.

Estamos en marcha para atravesar el Vístula forrado

con una cubierta de hielo de dos pulgadas de espesor, elástica al modo de *caoutchouc*, y brotando saltaderos de agua como en jardín de hadas á la presión de nuestras sillas de posta. Aunque con esa capa deciasenos que podía pasar artillería gruesa, el embajador y su ayudante militar atravesaron el río á pie con la carterá de las credenciales. Los demás quisimos tentar el peligro, y ya que nos llevase el diablo, que nos llevase en coche.

Ocho días de Varsovia á Petersburgo. Mucha nieve, mucho frío y muchos lobos. No recuerdo otra novedad que referir, que la de nuestro correo, alemán renegado, corpulento, armado de un sable como los antiguos espaldarazo sobre las costillas de los cocheros y zagales de las imperiales postas, que antes de la mitad del camino se había quedado con sólo la cruz entre las manos, y gracias que no se le antojó como á Vargas desgajar un tronco de los muchos que hay en aquellos bosques. Me indignó su conducta hasta lo sumo, y más cuando veía que los apaleados se quitaban la gorra de pieles, y encorvando el espinazo, le daban todavía las gracias encima. Roguéle que no les apalease y mirase á que eran esclavos y humildes y dignos más bien de compasión.

— Caballero, — me dijo, — no entiende V.: estos palos les saben á gloria. No les duelen y les hacen entrar en calor.

— Pues, hijo mio, — respondí, — aprieta, y buen provecho les haga.

A nuestro primer breve hospedaje en Petersburgo, en el gran hotel de la plaza Miguel, siguió la espaciosa y elegante morada del Conde Larski, situada en el extremo del magnífico puente de piedra y hierro de San Nicolás, y esquina al famoso *Muelle inglés*, á cuyos pies corre el cristalino y azulado Neva, cuando el hielo se lo permite, retratando en sus aguas como en bruñido espejo los mástiles, edificios, cúpulas y torres de la isla de Vasilí, que como la parte sur de Londres y de París, forma la mitad de la capital de Pedro el Grande. Llámase *Larski doma*, comunmente, y dicen las gentes que el dueño debió su fortuna al traspaso de uno de los más gruesos brillantes del tesoro del Shah de Persia á la corona de Catalina, sin el conocimiento y la voluntad del dueño. A tuerto ó á derecho, es una residencia de príncipe, especialmente las habitaciones destinadas á «la Señora,» entonces solitarias

Fermin 85
Luis Lo
B. Galera

por carecer la embajada española de este precioso artículo. Y en verdad, que esto tuvo á raya las naturales inclinaciones de nuestro embajador á espléndidos bailes y suntuosas recepciones, si bien lo perdido por el bello sexo ruso lo ganaba el feo, según pudieran testificar los estómagos agradecidos del personal aristocrático y diplomático en aquel período.

Por esta parte no podía quedar el pabellón español mejor puesto y para la vida contemplativa y doméstica que yo pensaba llevar y á que convidan veinte y tantos grados bajo cero al aire libre, y una temperatura media de diez y ocho sobre cero dentro del hogar, no era indiferente atractivo el usufructo de un palacio en lo interior, desde cuyas ventanas se extendía la vista por los fuertes de Cronstadt y la embocadura del golfo de Finlandia, teniendo enfrente un extenso ancoraje de buques de todas las naciones, la escuela naval y el inmenso edificio de la Academia de Bellas Artes; á la derecha la imponente fortaleza de Petro Paulo, donde en lechos de blanca piedra yacen los restos de los soberanos moscovitas, y á corta distancia la celebrada plaza del Almirantazgo, con sus monumentos de Alejandro I y Pedro el Grande, la catedral de Isaac, el Palacio de Invierno, el Hermitaje, el Senado, el Sínodo y el Estado Mayor, obras todas que la colocan en el rango de los panoramas urbanos más grandiosos que poseen las modernas cortes europeas.

III

No hay punto de comparación entre la esclavitud que pesa sobre las clases bajas y la que ejercen sobre la inteligencia los fiscales de las ideas. El primer periódico que cayó en mis manos, al pisar á la gran Petrópolis, fué *The Daily News*, de Londres, y bien podía decir al verse tan afrentado: ¡ay miedo, cómo me has puesto! Cada página parecía un tablero de damas con casillas blancas y negras, y mirado por columnas, semejaban éstas los postes miliarios de las carreteras de Rusia, revestidos de los colores nacionales. Aquello no era órgano para difundir la luz, sino la nada ó las tinieblas. La impresión estaba sembrada de parches negros de varias dimensiones, ocultando aquellas partes de alimento espiritual nocivo para la sociedad rusa á juicio de la fiscalía. En ninguna ocasión he sentido más humillada la dignidad humana, que al ver aquel vergonzoso cuanto inútil tormento y prisión de la idea, porque aquellos parches de tinta negra se me representaban como piedras sillares del edificio de una revolución futura. La afición á la tiranía es tan ingeniosa como la pasión por la libertad, y á cada invención de la una responde un organismo más refinado de la otra: tal es la enseñanza que nos da la historia.

Las embajadas y legaciones estaban exentas de este escrutinio de los periódicos que recibían, pero no de la vigilancia ó espionaje tradicional en Rusia. Yo había leí-

do cosas peregrinas acerca del modo con que la policía, cual nuevo Asmodeo, miraba el interior de las familias como si viviesen en casas destechadas, pero al modo que los no aficionados al libro de las cuarenta hojas miran con indiferencia todas las leyes referentes al juego de azar,

mi á causa de la precipitación del viaje. Los que pertenecemos al batallón volante que tiene por patria el mundo, estamos privados de la posesión de una biblioteca, á no ser compuesta de ediciones diamantinas, como la que se hizo de la Comedia del Dante, cuyos dos tomos cabían holgadamente en un bolsillo de reloj. Pero si con estas no se resiente la bolsa pagando transportes, se resiente la vista, que es peor. Durante mi estancia en París quise, pues, permitirme el lujo de una librería que pudiese venir tras de mí en vez de andar yo tras de ella, y ya que una biblioteca universal era imposible, me resolví por una especial completa de los libros más notables de utopías sociales y políticas. Hice este encargo á un entendido bibliógrafo y cuando me envió la lista, ví que no era tan bravo el león como lo pintan y que los llamados locos ó visionarios ó utopistas, casi pueden contarse por los dedos de la mano. Plutón y Cicerón estaban á la cabeza con sus respectivas repúblicas. Seguían San Agustín con su *Ciudad de Dios* y Campanella con su *Ciudad del Sol* gobernada por el Gran Metafísico. Tras éstos parecía que el arte de soñar perfecciones sociales se concentró en las islas Británicas, pues á Inglaterra pertenecen Tomás Moro autor de la *Utopía*, ó sea el que dió el nombre á estos dorados sueños: Bacon, autor de la *Nueva Atlántida*, y Hawington que escribió *La Oceana*, *Martesia* y *Panopea*, ó digamos Inglaterra, Escocia é Irlanda. Parece raro, en efecto, que los hijos de la nebulosa Albión se dedicasen á estas volaterías sublimes, aspirantes á un estado social perfecto en esta vida, mientras el genio poético meridional nos la pintaba en su mayoría condenada al llanto, al mal y á la miseria, colocando sus utopías ultra-tumba. Había después una gran laguna en el orden de los tiempos, y de la moderna hornada venían las obras de Rousseau, el Código de la naturaleza, de uno de los famosos enciclopedistas franceses, los escritos de Saint Simón, de Fourier y Pierre Leroux, y finalmente la *Icaria* de Cabet, y el *Descubrimiento austral* de Retif de la Bretonne. Vese, pues, repito, que el género humano no es tan loco como se le pinta.

IV

Y aquí, lector, empieza á cambiar la decoración y á presentarse algo del tinte cómico que suelen revestir los sucesos más serios del mundo. Comunicé este avisto al mayordomo ó intendente del duque, para que encargase á uno de sus servidores la conducción de esta remesa á mis manos. Era éste alemán, y yo creo que no había en toda la corte rusa bicho viviente que se moviese ó representase algo que no fuese del país de los Niebelungen. Tardo, flemático é incapaz de una resolución sin antes haber visto los lados y atajos de cualquier asunto, púsose los lentes y me preguntó con tono solemne:



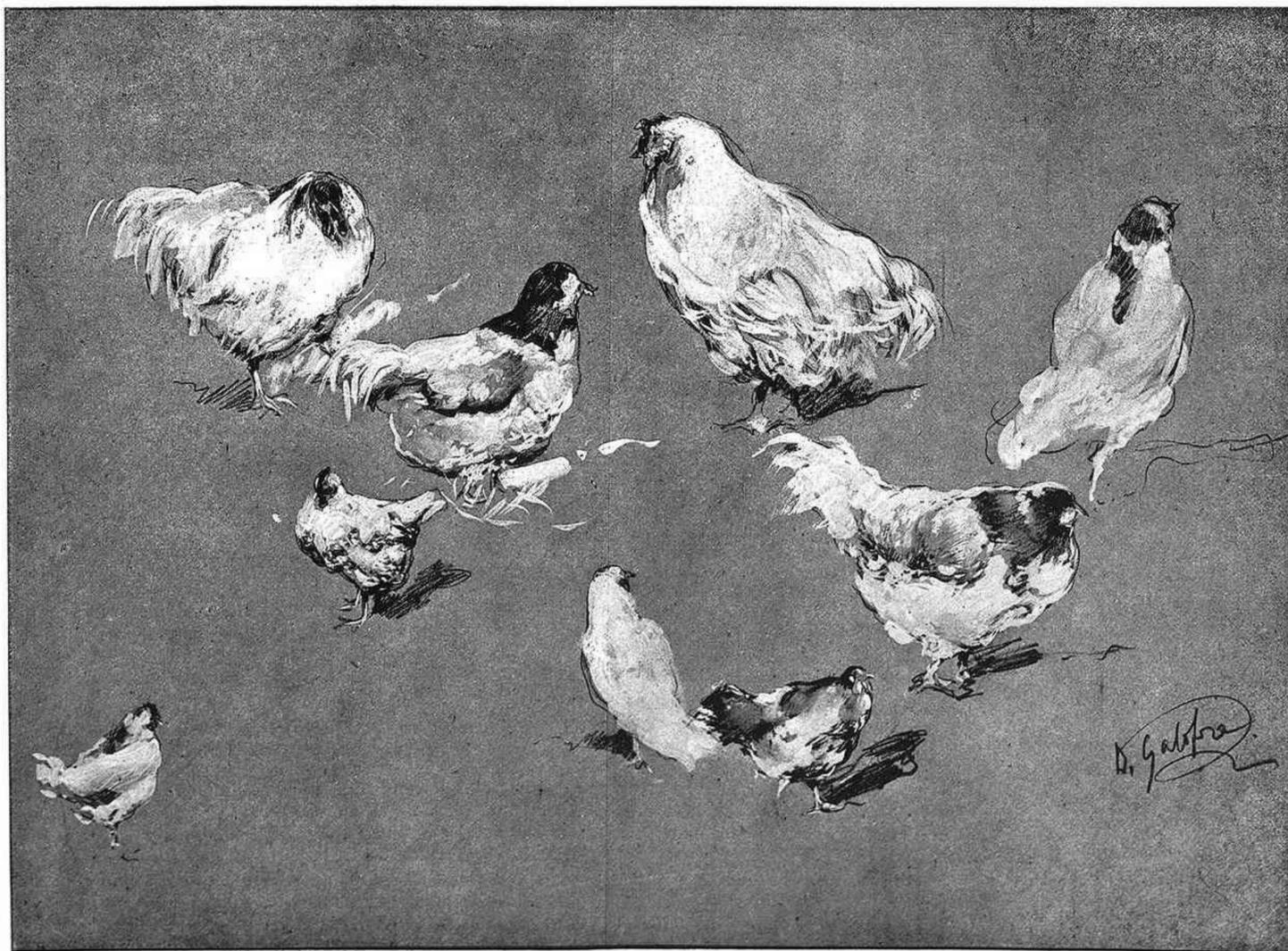
CROQUIS Á LA PLUMA (del natural)

á mí se me importaban un ardite cuantos espías y soplones hubiese por el mundo. La circunstancia de ser nuestro embajador Mariscal de Campo de nuestros ejércitos, hizo que el Emperador Alejandro II, destinase al coronel O... al servicio del Duque de Osuna, como ayudante, y bien podía añadirse de campo y plaza, y decir de él figuradamente:

Que así ensillaba el cordobés caballo,
Como tomaba la luciente espada,

porque era el *cicerone*, trujamán, consultor y amigo de confianza en una pieza, y aun sirviera de mayordomo en caso necesario. Era alto, de bigotes largos y gallarda presencia, y con sus espuelas, sable y casco semejaba andando al Dios de las herrerías. Pero su mirada, ó más bien, su *mirada*, trasminaba á inquisición. En efecto, miraba más de reojo que de ojo, y más de cuatro tenían para su capote que aquel era nuestro Asmodeo y el eslabón que nos enlazaba con el comité secreto. Yo jamás dí en tal pensamiento ni pude creer que un hombre tan grande fuese tan pequeño, ni que bajo complexión tan blanca se anidase alma tan negra.

Entré las cartas que hallé á mi llegada, había una del apoderado del Duque, en París, en que me anunciaba el despacho de la remesa de libros que había dejado tras de



ESTUDIOS DEL NATURAL



ESTUDIO AL CARBÓN (del natural)

— Convendría saber si esa remesa viene dirigida á nombre de V. ó al de su Excelencia, aunque supongo que en este último caso ya nos la habrían remitido sin formalidades de aduanas.

— Eso es lo que no podré decir.

— Entonces prepárese V. para una investigación minuciosa y un cúmulo de diligencias, fianzas y requisitos: bien que dependerá en mucho de la clase de obras, porque si son las de Paul de Kock, los Cuentos de Boccaccio ó los de las Mil y una noches, no habrá muchas dificultades.

— ¿Qué? — interrumpí, maquinalmente, por tomar algún desahogo.

— Digo que en esta materia de introducción de libros se hila aquí muy delgado. Usted puede si á mano viene, introducir ó imprimir hasta las obras de Pedro Aretino, la *Lozana Andaluza*, el *Barón de Faublas*, el *Portero de los Cartujos* y demás libros de esta clase; pero guay, si se trata de ideas libres políticas ó sociales. Eso es muy delicado y expone á un hombre á tener sobre sí la vigilancia perpetua de la policía, si ya no es que le consideran propagandista de alguna sociedad revolucionaria, y entonces no le arriendó la ganancia. Usted sabrá la clase de libros...

— ¿Eh? — volví á interrumpir, abrumado con un tropel de repentinas reflexiones.

— Pues yo hablo bien claro, — prosiguió: — digo que usted sabrá qué especie de libros le remiten. ¿No ha recibido nota, lista ó factura detallada? Véala V. y podrá juzgar por sí mismo de la gravedad del caso. Estoy á sus órdenes.

Y diciendo esto, se retiró mi alemán muy oportunamente, pues me hallaba en aquellos momentos en que necesita uno dialogar á solas con el *alter ego* que llamamos la conciencia.

Confieso, lector, que por primera vez la tuve de que me hallaba en Rusia. Aquella tormenta de celos, temores, peligros y disgustos que se me venía encima, era cosecha propia de una atmósfera espesa, estancada, enferma. Esos mismos actos, cambiada la escena, serían inofensivos. En cualquier nación libre, gozaría con la idea de poder mostrar á mis amigos un tesoro de libros que no fácilmente se reúnen, donde se ve el curso y progreso de la inteligencia libre y elevada que se remonta hasta lo absoluto en busca del bien y la felicidad de los mortales. Lejos de ocultarla, tendría á gala el ser el poseedor de esta escogida biblioteca, y estoy seguro que los periódicos

que de estas curiosidades se ocupan, me prodigarían elogios por lo singular de la idea.

Puesta la escena en Rusia se convertía en una caja de dinamita espiritual, una materia explosiva, una peste, un tifus, que podía desquiciar el orden ó corromper la salud del imperio. En vez de sencillo aficionado á esas elucubraciones político-sociales, iba yo á pasar por incendiario, socialista, agente de la demagogia europea, ó por lo menos, propagandista de sectas sociales y de libros prohibidos; á ser inscrito en el libro verde, vigilado rigurosamente por la policía ó tal vez sorprendido y trasportado á las regiones del polo.

Las resoluciones que por el pronto se me ocurrieron eran todas negativas. Deseché la idea de presentarme á recoger los libros, así como la de comisionar á persona alguna ó valerme del influjo del Duque, pero despejada un tanto la imaginación, determiné como único recurso, devolver aquel mismo día el talón al apoderado de París, diciéndole que la misma empresa expeditora reclamase la caja, y la reexpidiese á mi residencia de Londres, expresando que se había digirido á San Petersburgo equivocadamente. ¡Oh, y cómo me aligeró de peso este discretísimo y salvador expediente! Sentime tan volátil,

que por instinto me así á un objeto pesado, no fuera á elevarme por los aires como esos globos de goma de los niños. Pero en vano busco el documento, y en cambio encuentro en la carta la frase siguiente que se me había pasado por alto: «Mañana remitiré el talón,» lo cual equivalía á veinticuatro horas más de suplicio, sobre los doce días que había de tardar la respuesta tranquilizadora del apoderado de París, pues entonces aun no enlazaba el alambre mágico al norte con el centro de Europa. Pero cuando se toma una resolución que parece poco menos que un golpe de estado, ella *fa da se*. Sirve en las aflicciones del espíritu como la medicina que acierta con la enfermedad del cuerpo: se siente venir la calma como se siente venir la salud: el enfermo no está bueno, pero se encuentra comparativamente bien. Recuerdo que en aquellos momentos se disipó un espeso celaje y apareció el azul de la esfera y tras él el sol orgulloso de su batalla contra las nieblas, y tras el sol la vida y el movimiento de la ciudad que parecía antes sumida en profundo letargo; y como todo es relativo, llegué á figurarme que ni las orillas del Arno, ni las del Tajo ó el renombrado Genil ó el Betis pintoresco eran tan deliciosas y poéticas como las del helado Neva. ¿Qué digo? Parecióme Rusia más libre y hasta entreví el tiempo en que vendrían á su corte emigrados políticos, y conspiradores de otros pueblos más salvajes, sin que nadie les molestase ni pidiese pasaportes ni cédulas de vecindad; y la época en que las minas de Siberia estarían pobladas de familias dichosas y llenas de talleres de propaganda liberal, y en que los últimos esbirros y polizontes huían á escape de los rayos de un fanal eléctrico situado en la dorada cúpula de la catedral de Isaac.

Con todo eso, el día terminó con su correspondiente pesadilla por la noche. La escena era una Aduana rusa. Se trataba del registro de la silla de posta del Duque, donde iban todos los equipajes. Su correo, con la mano

llena de billetes de cien kopecks, pasaba por delante de una fila de empleados, todos con la garra abierta y extendida lo largo del brazo, como si fuesen mendicantes de

dad de los Czares. Debía marcar el termómetro sus quince bajo cero, á que llaman *primavera rusa*. El Neva tenía ya en su capa de hielo la consistencia necesaria para sostener toda la artillería del imperio, y los buques enclavados parecían resignados á invernarse hasta la época del deshielo que tiene lugar por el mes de mayo. Al lado del fondo blanco que en todas partes forma la nieve, no hay color que no parezca sucio: así es que la primera impresión que causa la ciudad, es como cuando se entra en un magnífico salón, todo enfundado de lienzo crudo. La blancura de la nieve seduce y atrae toda la atención y sólo la comparten los objetos que contrastan en color, como los cuervos, que andan á bandadas por las calles mezclados con las palomas, los caballos negros con sus trineos del mismo color, y los habitantes, por lo general, cubiertos de gorras negras y abrigos de azul oscuro, en su interior forrados de pieles. Todo lo demás apenas se destaca, y

las fachadas de las casas, los pesebres de las vías públicas, carros de tráfico, perros y caballos de color claro y soldados con capotes grises, parecen figuras desteñidas cuyos contornos hay que adivinar, especialmente si la nieve ha perdido ya la pureza por el tráfico ó por el descenso de la temperatura. Agréguese á esto el color dominante de la atmósfera algo pardusco y el cuadro general es monótono de veras.

Con todo eso, la animación es grande, especialmente en la dilatada y anchurosa calle que tiene por cabeza la plaza é inmenso edificio del Almirantazgo y por cola el convento de Newski y se llama la *Perspectiva*, y en las dos *Morskaías*, centro de las tiendas elegantes de modas. Los trineos parecen estrellas errantes negras que discurren por un cielo de plata: tal es la velocidad con que guían á los caballos los expertos cocheros rusos. Pero lo verdaderamente grandioso y cuya vista suspende en la gran plaza, es la columna de Alejandro I, monolito de granito colosal coronado por la estatua de la Paz en figura de ángel,

Al día siguiente salí á dar un paseo y vistazo por la ciu-

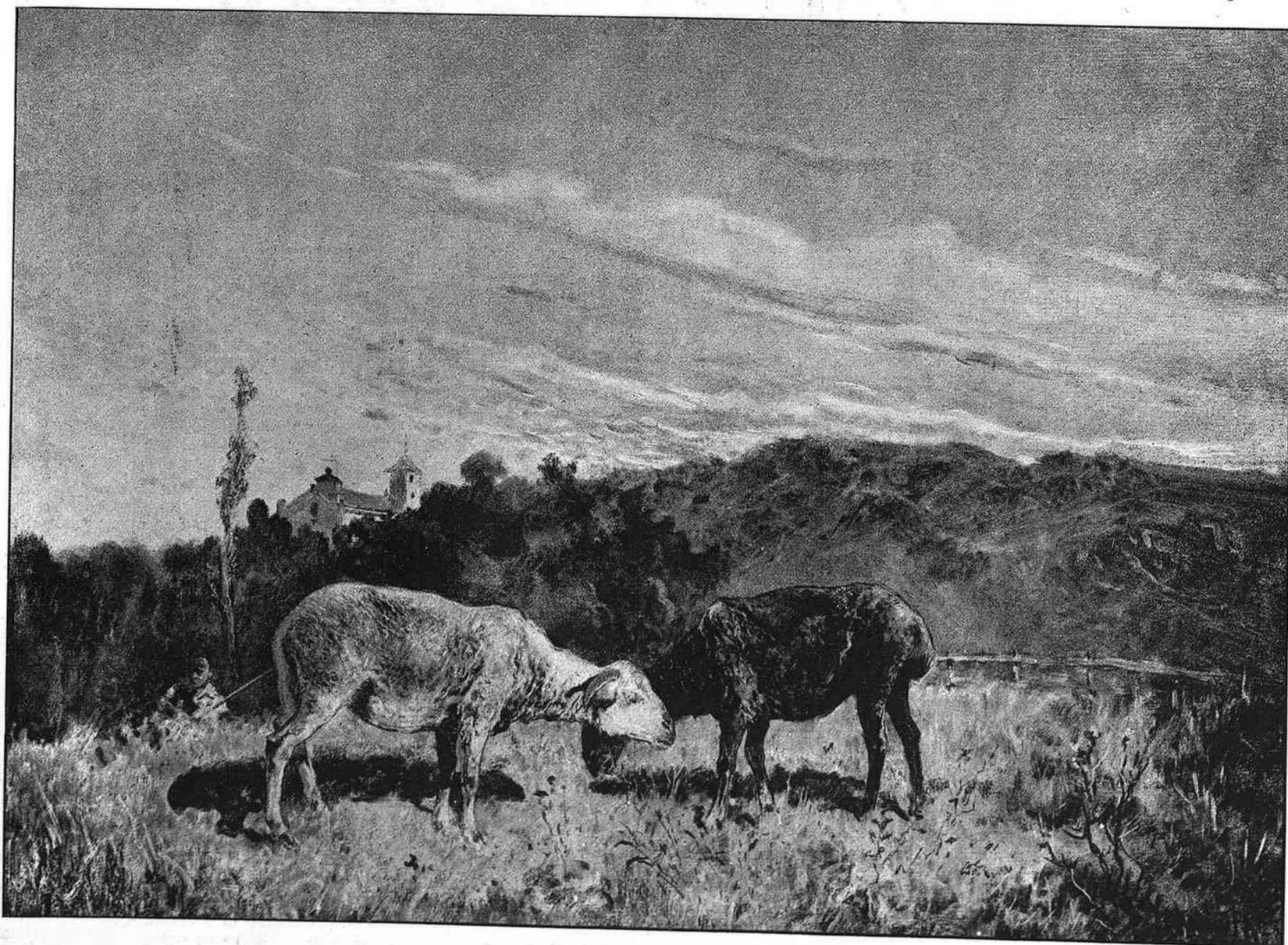


EN EL CAMPO, dibujo á la pluma

bazofia á la puerta de un convento. Una vez servidos, cada cual se retiraba con el índice y el pulgar derechos sobre los labios. Luego se puso de manifiesto una caja dirigida á mi humilde persona. Un empleado la abrió á fuerza de golpe de escoplo y maza. De repente se oyó una detonación horrible y todos cayeron en tierra. Eran las ideas de libertad, que producían aquella explosión en una atmósfera comprimida y sofocante. Al mismo tiempo sentí opresión en la garganta como de la mano de un esbirro que me asía de un modo invisible. Echaba las dos mías al socorro y era inútil. La opresión continuaba y lo peor era que día y noche me sentía antecogido por el cuello sin esperanza de librarme de mi verdugo. Al despertar, no podía tragar alimento alguno. Era una afección catarral, que la fantasía había mezclado en su argumento de visiones extrañas.

V

Al día siguiente salí á dar un paseo y vistazo por la ciu-



PAISAJE, estudio al carbón (del natural)

y la riquísima catedral de Isaac, obra del arquitecto francés Montferrand, entonces aun no abierta al culto de los fieles.

Contemplando estaba yo su inmensa cúpula, al parecer de oro macizo, soportada por un gran número de colosales columnas todas asimismo de una pieza, cuando noté que un individuo de la policía, á quien había visto al salir de casa, estaba á corta distancia de mí. Entro en la *Perspectiva de Newski*, se me antoja volver el rostro, y veo al propio individuo siguiéndome cual si fuese mi rabo. Al punto me acordé de la caja de los libros. «Ciertos son los

toros, dije para mí; el intendente tenía razón: ya me cayó la lotería.»

Pasaba en esto un trineo desalquilado, y lanzándome dentro de él grito al *Isvotshik*: ¡*Na pravo!* Es de advertir, que lo primero que aprendimos todos del idioma ruso fué el dar la dirección de la casa y las palabras: ¡á la derecha! ¡á la izquierda! con lo cual podíamos navegar por lo pronto. Cuando me pareció oportuno, grité: ¡*Na levo!* y así alternando me llevó al extremo opuesto, donde se halla el hermoso convento de Newski, habiendo visto de

camino las calles laterales más notables. Dejo el vehículo, pago al cochero, vuelvo la cara y mi hombre de la policía á dos pasos de mí.

— Pero esto es atroz, incomprendible,—murmuré algo sobrecogido. — ¿Estoy dormido? ¿Me dura aún la pesadilla de anoche?

Sin duda al polizonte le llamó la atención mi fisonomía, porque se acercó y me dijo no sé qué, repitiendo mucho las voces de *pa ruski*.

— ¡Qué *pa ruski*, ni qué demonio! — contesté:— lo que



CHARRO Á CABALLO, figura tomada del cuadro *Una boda en Salamanca*

yo quisiera saber, hombre endiablado, es cómo has venido aquí al mismo tiempo que yo.

La puerta del convento estaba abierta y en ella un gallardo y gigantesco fraile con una hermosa y luenga barba negra, que parecía la cola de un pavo real.

—A sagrado me acojo,—dije, y haciendo una reverencia me entré en el templo.

Ya más sosegado, pude discurrir que aquel hombre no podía estar allí, sino habiendo tomado otro trineo y seguido al que me conducía. El daño estuvo en que creyéndome á salvo en coche, no tuve la precaución de mirar atrás de vez en cuando; pero á la vuelta me proponía subsanar esta falta.

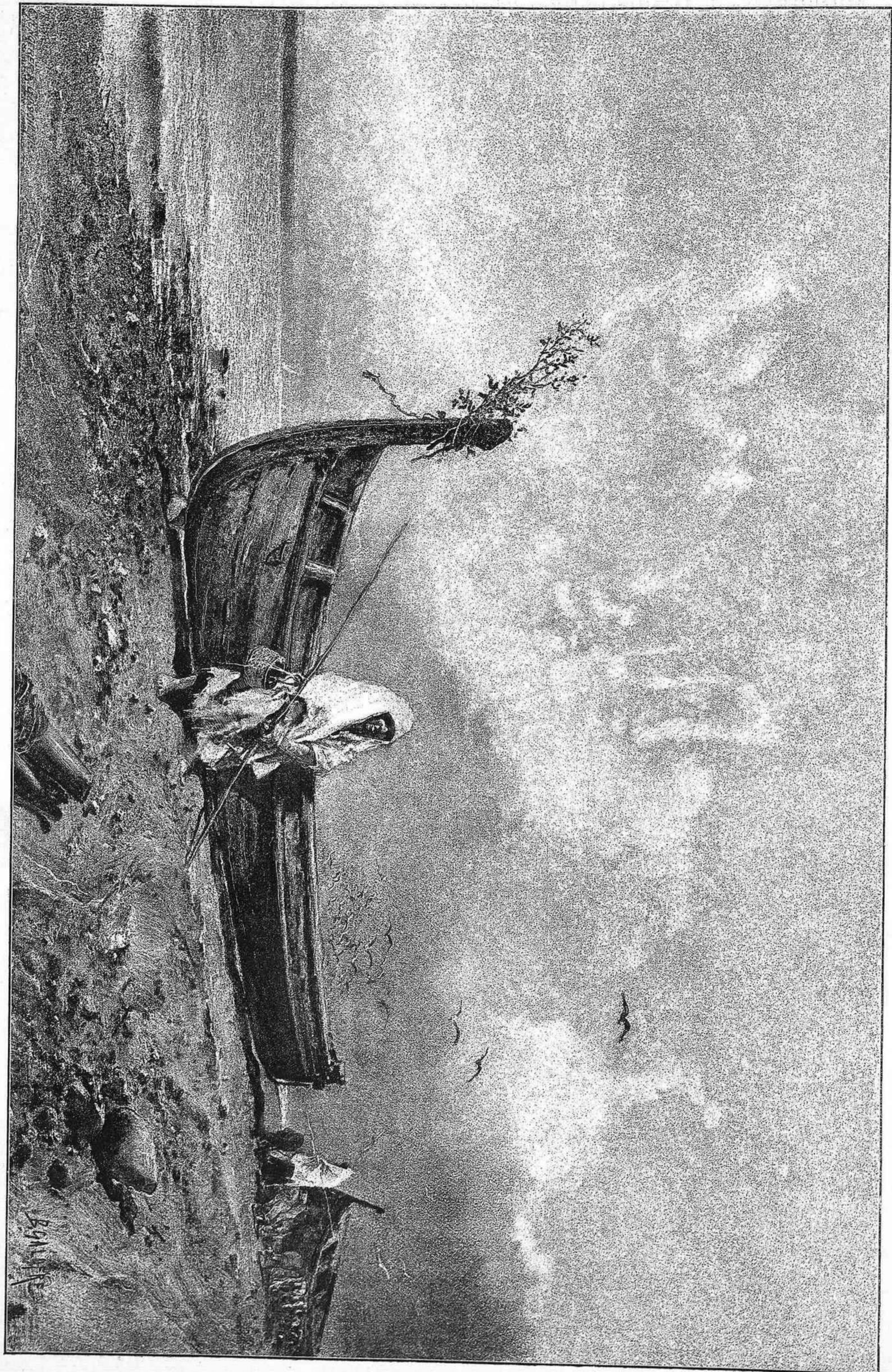
El templo es de majestuosa arquitectura y la reja del *Sancta Sanctorum* de un valor inestimable. Pero más era la riqueza de los enormes cuadros que hacían oficio de altares, representando por lo común á la *Panagia* ó Vir-

gen María. El culto griego no permite imágenes de bulto; pero ya que no puede adornarse á la Reina de los cielos con los trajes y mantos y encajes que usan los católicos romanos, lo compensan adornando el lienzo al rededor del marco con hileras de gruesos diamantes, esmeraldas y rubies, y poniendo collares, corazones y cinturones á la imagen, todo de preciosas perlas. Admirando estaba yo la riqueza de uno de estos cuadros, que media sus tres metros de alto, cuando oí una tos hombruna cerca de mí, sin ver de qué garganta procedía. ¡Otra vez el polizonte! pensé involuntariamente. Pasaron unos instantes y volvió á sonar la tos, esta vez más repetida y fuerte.

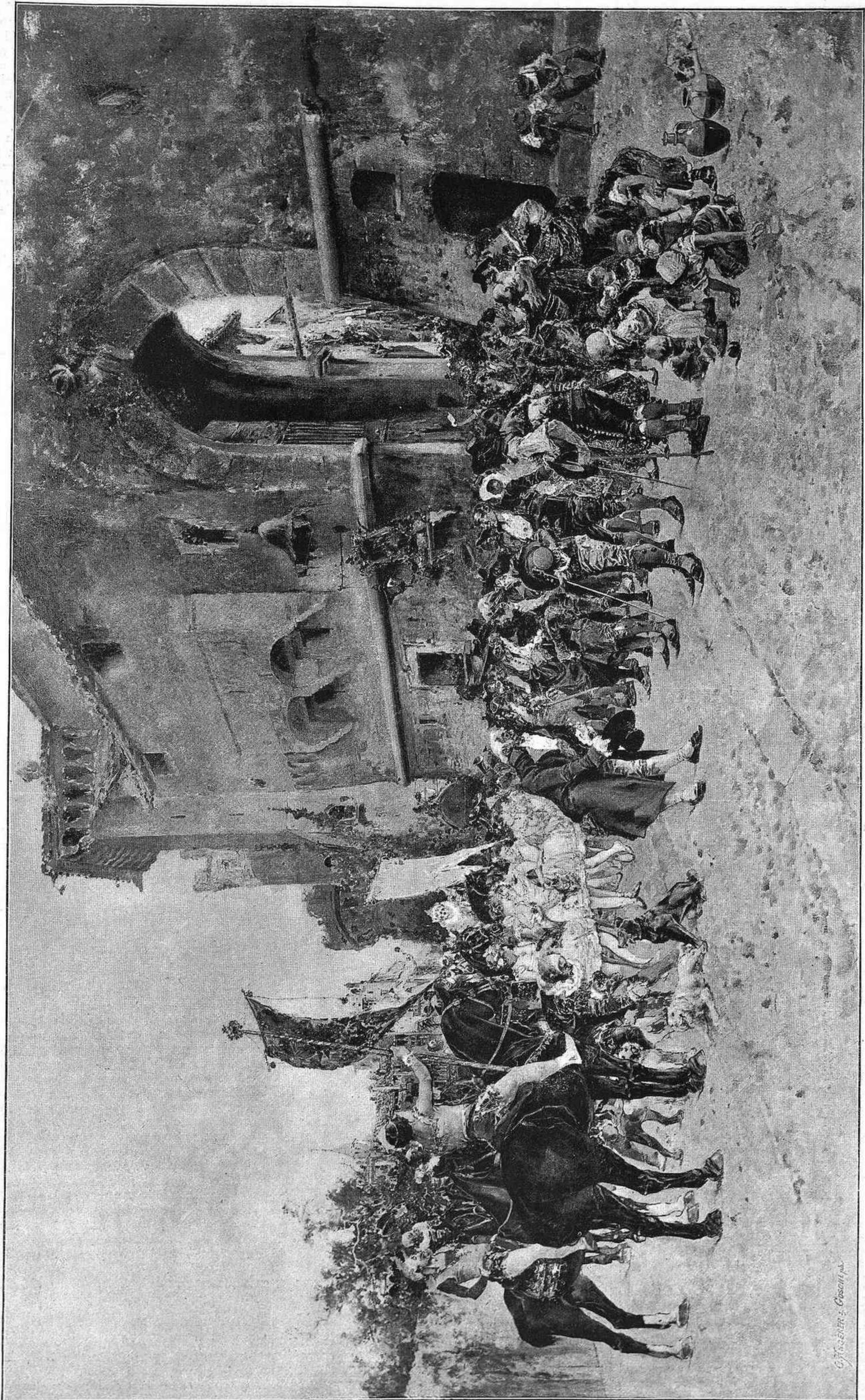
— ¡Cielos! ni aun aquí estoy seguro; pero esto es también sin remedio una ilusión del oído, puesto que no hay nadie en esta parte de la iglesia. En efecto, desde el lugar donde yo estaba, como clavado en el suelo, no se veía bicho viviente. Pero la tos volvió á sonar por tercera

vez, seguida de un buen barrido y escombrado de la garganta, que la debió dejar limpia para un año. Este ejercicio me dió tiempo para notar que el sonido procedía de delante y muy cerca de mí. Y si la imagen hubiese sido de un santo viejo, como de Pedro, por ejemplo, motivos había para creer que se hubiese constipado y expectorase de aquel modo. Pero siendo de la Virgen y teniendo al cuello cinco ó seis collares bien apretados de gruesas esmeraldas, no había lugar á tal suposición. En esto se me ocurrió mirar por los lados, y en el corto espacio ó hueco que había entre el cuadro y la pared, estaba sentado un fraile descomunal y velludo, que era, lector, el que en tal confusión me había puesto. El supradicho fraile no estaba allí llovido por casualidad, sino que es costumbre de que haya uno detrás de los cuadros, sin duda como guardianes de las joyas que los rodean.

Respiré por polizontes. Salíme á la nave principal cuan-



EN LA PLAYA DE NÁPOLES, marina dibujada al carbón



Saltimbanquis, pidiendo permiso al alcalde de un pueblo de Salamanca para dar sus representaciones
Copia de una fotografía del cuadro antes de estar terminado

Castro-Alvarado



MARINA (croquis del natural)

do aparecían en el altar mayor gran número de ellos, que formando un semicírculo cantaron con voces graves y estentóreas que hacían temblar las bóvedas, como suelen hacerlo las llamadas *contras* del órgano de la catedral de Sevilla. Delante de ellos y en el centro, había uno cuya hermosísima talla, melena y barba larguísimas, junto con una túnica de terciopelo ajustada a la cintura, le daba el aspecto del Nazareno, tal como le habría esculpido Miguel Ángel si le hubiese dado por representar las figuras del Nuevo Testamento.

Concluida la salmodia, salí para tener el disgusto de topar de nuevo con el endiablado polizonte. Por fortuna divisó un trineo. Hago señas al cochero, tomo asiento sin aguardar á que parase, y no á gritos como antes, sino á dos dedos del oído, le digo: — *Scarbie, na ugul Nicolai moste*. Al primer latigazo estábamos á diez metros del esbirro. Aquello era el descenso por una montaña rusa. «Ahora veremos, — decía yo, — si sueño ó estoy despierto.» y con tanto ahinco miraba hacia atrás por ver si me seguía otro vehículo, que insensiblemente me fui volviendo el cuerpo, de modo que al llegar á la puerta de la casa, iba sentado al revés, cosa que debió llamar la atención de los transeuntes.

— Toma por la carrera, y veinte *kopecks* por la velocidad — dije al cochero, — y al volverme tropiezo con el mismo polizonte, que estaba muy sereno rondando la puerta de la casa Larski. Esta vez no me alarmé ni me incomodé siquiera. Es una ilusión óptica, un espectro de la retina, uno de esos cuerpos que no están fuera sino dentro de la imaginación. Esto se decide muy pronto, yendo hacia él, porque todas estas visiones caminan á cierta distancia cuando caminamos y retroceden cuando retrocedemos. Adelante, pues. Voyme hacia él, y en vez de retirarse como los fantasmas del órgano visual, se estaba quedo. Aquí se renovó mi alarma; pero quise hacer la última prueba. Saqué mi cigarro de la petaca por ver si lo tomaba, y no



MARINA (croquis del natural)

sólo lo tomó, sino que hizo una reverencia tan profunda, que se le cayó la gorra al suelo. Y por cierto que descubrió una calva que parecía un melón valenciano.

— Ya no hay duda, — exclamé al entrar en mi aposento. — Esto es insoportable. Mañana mismo tomo la diligencia para Varsovia ó compro una *kibilka* que me lleve á Koenisberg en un vuelo. ¡Oh patria del ilustre Kant, allí respiraré por vez primera! — Pero yo no contaba con que nadie podía salir de la capital y el territorio ruso, sin anunciarse su viaje oficialmente con quince días de anticipación.

NICOLÁS DÍAZ BENJUMEA

(Continuará)

LA HOJA DEL ÁRBOL

(Conclusión)

En medio del dolor que la despedazaba escuchó el siguiente diálogo sostenido á media voz entre dos personas:

— ¿Me esperas esta noche?
— Sí.
— ¿A la hora de ayer?
— A la hora de todos los días. Juan no se retira á sus habitaciones hasta las nueve; á las diez se habrá dormido y yo te estaré esperando á esa misma hora.
— Adela, te adoro con toda mi alma. Y tú ¿me quieres?
— Si no fuera así, Antonio, ¿arriesgaría tanto como arriesgo en estas entrevistas nocturnas?
— Hasta las diez.
— La puerta estará entornada; empujla con cuidado y no hagas ruido al atravesar el pasillo en que se hallan las habitaciones de Juan.
— Pierde todo cuidado. Adiós, Adela.
— Adiós, Antonio.

La hoja del árbol oyó entonces el apagado rumor de un beso que fué como el punto final de esta corta y rápida conversación. En seguida Antonio se dirigió fuera del jardín en dirección al campo y Adela penetró en la casa á la que el jardín rodeaba como un cinturón de encaje.

Más tarde, por el paseo circular paralelo á la verja la hojita vió adelantarse á un hombre de edad avanzada, con un libro en las manos, el cual se detuvo no lejos de ella leyendo y pasando una por una las páginas de aquel volumen.

La noche iba cerrando; el afanoso lector levantó los ojos al cielo, los volvió al libro, y, no distinguiendo ya sus letras, suspiró, se inclinó á la tierra y, tomando entre sus dedos á la hoja del árbol, hasta la cual había llegado, la colocó á manera de señal entre dos páginas, cerró el tomo y con él debajo del brazo se fué hacia la casa en la que penetró cerrando la puerta de golpe.

La hojita asomando entre las del libro miró y oyó á la mujer que poco antes tan cruelmente la había pisado.

— ¿Juan?...
— Aquí me tienes.
— Te esperaba con impaciencia.
— ¿Qué ocurre?
Adela echó sus brazos al cuello de Juan.
— ¿Tomaremos el té?
— Aun es temprano; no son las ocho todavía.
— Tengo sueño; no me encuentro muy buena y quisiera retirarme hoy temprano á descansar.
— Como tú quieras entonces.

Media hora más tarde Juan entraba en sus habitaciones seguido de Adela.

— ¿Vas á trabajar esta noche?
— No; tengo sueño, lo dejaré para mañana.
Adela, mientras tanto, jugaba distraída con el libro en el cual se encontraba prensada la hojita seca del árbol.
— ¿Piensas madrugar?
— A la hora de costumbre.
— ¿Con el día?
— Justamente; con el día.

La hoja del árbol rodó al suelo, Adela inconscientemente cerró el libro y, después de abrazar á Juan, quien la besó con ternura en una de sus mejillas,
— Hasta mañana, — le dijo.
— Que descanses.

Adela salió de la habitación de Juan; entre la cola de su vestido arrastraba á la hojita seca del árbol, la cual se desprendió y se detuvo de la red que la aprisionaba al llegar al oscuro y largo pasillo que separaba las habitaciones de Juan y Adela. La hojita quedó pensativa entre las sombras, adivinando por las tres escenas que había presenciado, un drama en el que la ingratitud, el perjurio y la mentira, minaban la existencia y la felicidad de una familia.

La hoja estaba indignada; Juan la había sido profundamente simpático; él la había recogido con amorosa dulzura del suelo y llevado consigo, en tanto que Adela, con una indiferencia cruel, la había maltratado y vuelto á arrojar al suelo para emprender quizá nuevamente la azarosa vida que llevaba desde que el viento la arrancó del bosque y de los brazos de su madre.

Tan doloroso porvenir la asustaba y, mirando á la puerta por la cual había desaparecido Adela, prometió vengarse de quien así se complacía en su desgracia y en la de un hombre tan honrado y tan bueno como lo era in-

dudablemente Juan, que confiado dormía, mientras ella velaba por él, no muy distante de su lado.

La puerta del pasillo se abrió silenciosamente y, un hombre, en el cual la hoja reconoció á Antonio, avanzó sigilosamente hasta llegar á las habitaciones de Adela; al empujar la puerta para penetrar á donde aquella mujer le esperaba, Antonio arrojó al suelo el fósforo con que se había alumbrado para llegar hasta aquel sitio.

Entonces, la hojita seca se sintió poseída y animada por una idea heroica, sublime, sobrenatural; como lo era advertir á Juan de su desgracia y de la infame iniquidad de Adela, para que, por sí mismo, pudiera tomarse pronta y cumplida venganza, castigando á los culpables con todo el rigor que su delito merecía.

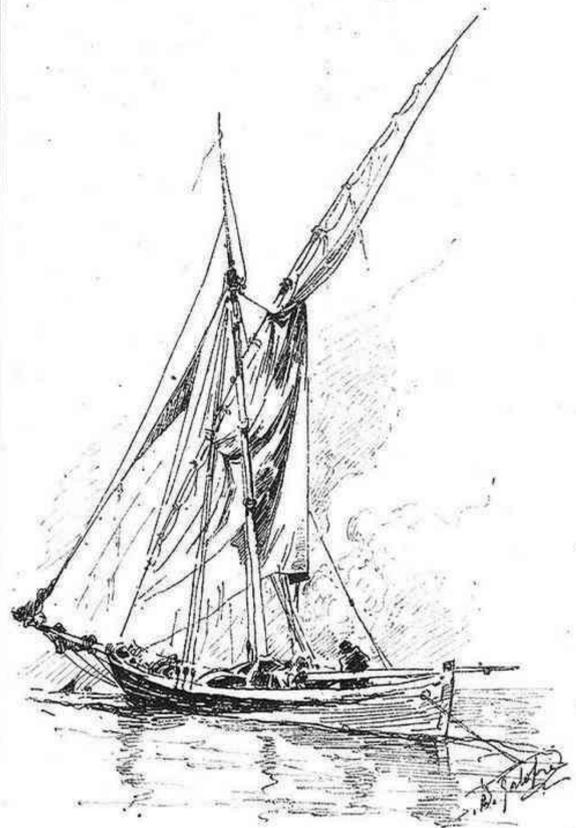
El aire que entraba por debajo de la puerta del pasillo la ayudó en tales propósitos, y, favorecida por la corriente, se arrastró hasta la cerilla que seguía ardiendo en el suelo, hizo el sacrificio de su vida, su cuerpo absorbió la llama y, empujado por la suave corriente del aire, llegó hasta la puerta de Juan á cuyas colgaduras de muselina trasmitió á su vez el fuego que ya la devoraba.

La hoja del árbol no desmintió su origen pereciendo de tan heroica suerte; la sangre de su padre, el rayo del sol, había abrasado su pensamiento y moría luminosa, brillante y resplandeciente de felicidad, siendo útil á un hombre honrado, bueno y generoso.

VI

La asfixia despertó á Juan; el humo le ahogaba; cuando abrió los ojos se horrorizó al ver que las llamas avanzaban á lo largo de las paredes, estrechando todos los muebles de la habitación con vertiginosos movimientos.

Se arrojó de la cama; se vistió como pudo y, su primer cuidado, fué ir á avisar á Adela del peligro en que estaban.



MARINA (croquis del natural)

Al penetrar en la habitación de su mujer, el espanto y el terror de la sorpresa paralizó su pensamiento y quedo como enclavado en el pavimento.

Por un instante se olvidó del fuego, pero vuelto en sí por los gritos y las exclamaciones de Adela, recobró su calma, miró á uno y á otro lado y tomando rápidamente una resolución salió del cuarto cerrando con llave la habitación en donde los amantes se hallaban.

Al amanecer, Juan contemplaba desde el campo el montón de ruinas y cenizas en que se había convertido aquella casita blanca, nido de su felicidad, á la que un jardín de flores y de verdura rodeaba como un cinturón de encaje.

Adela y Antonio habían perecido entre las llamas. Que á veces Dios, en su infinita justicia, se vale de la hoja seca de un árbol para realizar sus santos y divinos decretos.

VICENTE COLORADO.

EL SACAMUELAS (1)

POR DON CECILIO NAVARRO

Todo el que tiene comezón de hablar y habla sin ton ni són, ó mucho y sin sustancia, es lo que en buen castellano se llama charlatán.

(1) Artículo tomado de la obra *Españoles, Americanos y Lusitanos*, publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición, ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.

En esta acepción genérica, pueden ser charlatanes, sin permiso de nadie, cuantos tengan esa aptitud ó flujo de irse por la boca, como por ejemplo, el leguleyo, el políti- queante, el filosofastro, el medicastro, el poetastro, y de- más profesores de la misma desinencia ó capacidad.

Pero el carácter típico, el tipo y aun prototipo histórico, el charlatán técnico, licenciado, licenciado, es necesaria y fatalmente sacamuelas.

Este tipo, verdaderamente popular, si no elocuente, lo- cuaz; si no discursista, verboso; si no razonador, palabrero; siempre un tipo perfectísimo, dentro de su misma imper- fección, viene á ser un brote ubérrimo, *lujurioso ó luju- riente*, como se dice en galliparla, y de todas maneras un germen perdido por su misma fecundidad en el jardín de la oratoria.

Y no se hubiera perdido, sino que habría llegado á ser disertísimo orador, si como se consagró á sacar muelas, se hubiera consagrado el charlatán á meter ideas en la cabeza.

Pero es un tipo vano, vacío.

Y no puede ser otra cosa, si ha de ser charlatán en la máxima expresión ó profesión de sacamuelas.

El tipo no es ni puede ser exclusivamente español, es universal. Allí donde hay hombres, hay necesariamente muelas. No hay que seguir la inducción. ¿Habrá quien dude que donde hay muelas, surge naturalmente la necesi- dad de un profesor que saque las buenas y deje las malas?

Háenos escapado aquí una equivocación. No la salva- mos, sin embargo: á veces se expresa mejor el concepto, diciéndolo al revés.

Sea de esto lo que quiera, el sacamuelas fué siempre una necesidad sentida, y lo que es necesario se cumple siempre en la historia, por decirlo así, diciéndolo también con ínfulas oratorias.

Hay, pues, y no puede menos de haber en todas partes, honorables sacamuelas.

Pero el tipo alemán se pierde, no ya por lo facundo, sino por lo vulgar ó regular, como quiera que es un pro- fesor que saca muelas, como el herrero clavos: *zahnbre- cher*, arrancador de dientes, nombre que, dicho sea de paso, sería bárbaro, si no fuera filosófico.

El tipo americano sabe más que el español, pero habla ó perora mucho menos, defecto que ha de tenerse en cuenta para juzgar bien del mérito del sacamuelas.

El italiano es una afeminación del tipo general, sin ciencia, ni puños, ni accidentes oratorios, bien que pre- tenda suplirlo todo con el acento dulzón de su garrulería.

El francés es el maestro de los sacamuelas: charlando más que todos juntos, parece que habla bien, y es mentira; parece que sabe mucho, y no es verdad. Ignora me- nos que el español y el italiano; pero no sale del empiris- mo de raza.

Sin embargo, es un sacamuelas elegante, cortés, reve- rencioso hasta quebrarse por la espina; no habla nunca sino *comm'il faut*, no habla ni opera sin guantes, no obtu- ra sino con oro, ni engarza sino con el mismo metal. Sobre todo, y esto es lo principal, saca siempre las mue- las *sans éprouver aucune douleur*, es decir sin dolor... del sacamuelas.

No hemos tenido el gusto de observar el tipo inglés: háilo infaliblemente, supuesta su necesidad; sino que en esto, como en todo, ha de ser una degeneración del alemán, esto es, ha de entrar mejor en la familia, hablando un poco más y sabiendo un poco menos que él.

Sea como quiera, no entra en nuestro plan el empeño de describir el tipo general en todas sus fases: sólo nos proponemos reivindicar la gloria de nuestro tipo nacional, y aun así, Dios y ayuda, que esto de seguir á un charla- tán es empeño temerario.

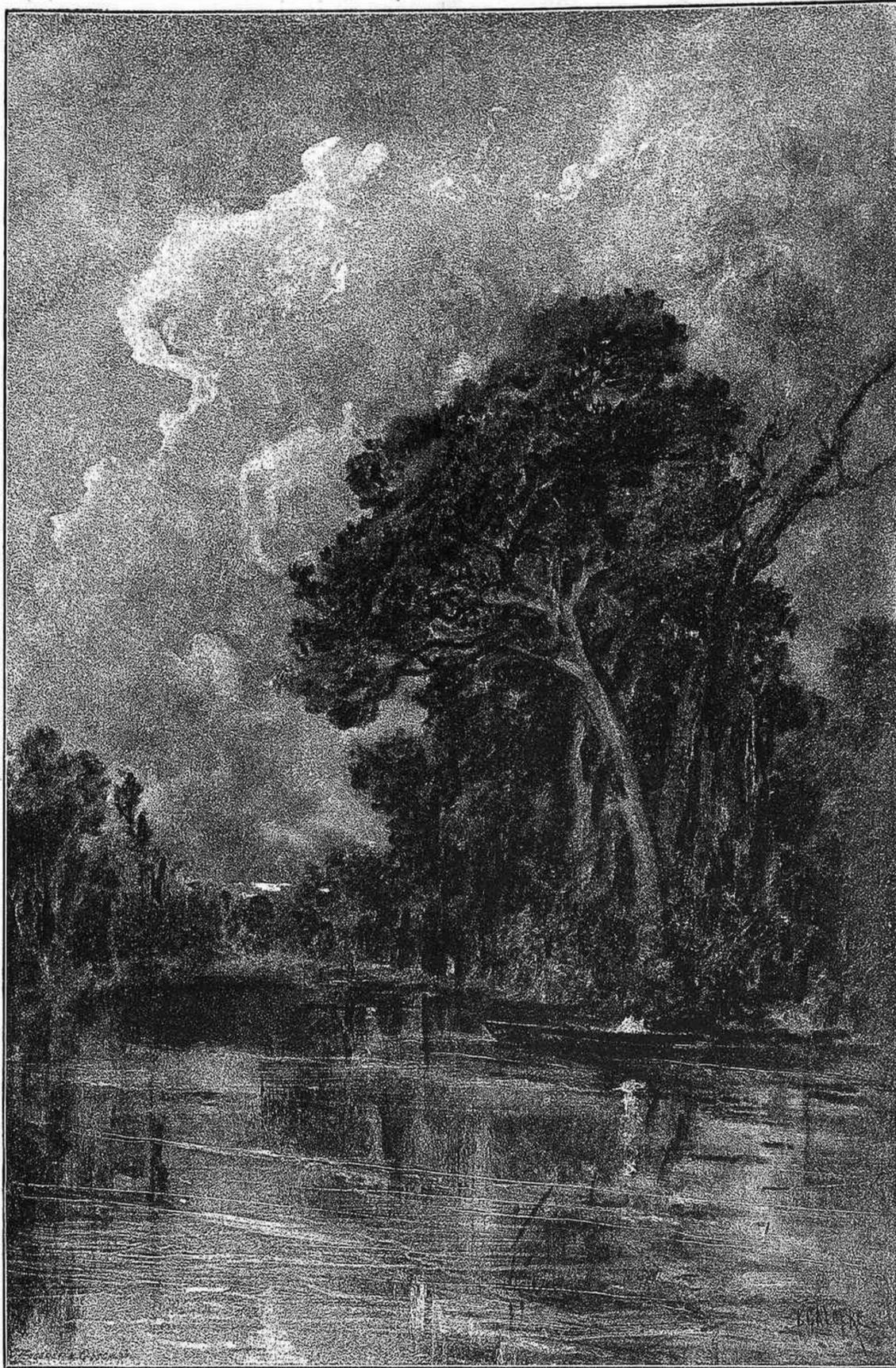
II

El sacamuelas español, á quien todos conocemos por su nombre, no se llama así ni mucho menos, técnicamen- te hablando; á lo menos no se conoce por él el mismo sa- camuelas, ó no responde por este mal nombre.

Llábase técnicamente el sacamuelas, según interpreta- ción auténtica, *dentista de SS. MM. y AA.*

Esto, en primer lugar, dentro de la monarquía, por su- puesto; fuera de ella, el sacamuelas se las saca en primer lugar á la república, llamándose gallardamente *dentista presidencial*, ó más gráficamente, *tricolor*, ó con más li- bertad, igualdad y fraternidad, dentista de Pí ó de Castelar.

Caben luego otras denominaciones no menos gráficas, si no tan pretenciosas; y llámase á sí mismo el sacamuelas *profesor odontológico ó cirujano dentífrico* ó invadiendo



ALREDEDORES DE OSTIA (ROMA), paisaje al carbón

toda la facultad, como leímos años atrás en un *Aviso al público, médico-cirujano de dentificación*.

El sacamuelas, ó sea el dentista, por darles gusto en tecnología, si no siempre doctor, es casi siempre licencia- do por París ó Nueva-York, lo que en materia de dien- tes, vale tanto como decir, cuando se decía, por Salamanca ó Alcalá en derecho ó teología.

Y aun hay profesor de estos, que en su noble ambición de adquirir más y más conocimientos para hacer luego todo el bien posible á la humanidad doliente, sacándoles las muelas, *sin experimentar ningún dolor*, no ha limitado sus viajes á aquellas dos metrópolis, sino que fué á Pe- kin y aun más allá, volviendo al fin cargado, como no- blemente se propuso, de conocimientos, te indio, hojas de loto y otras yerbas para el dolor de estómago del ilus- trado público.

Aquí hay una invasión de facultades, por cuanto el sa- camuelas no saca, sino que mete la pata en la ju- risdicción del médico.

Pero no hay tales car- neros, al decir del mismo profesor, quien salvando su conciencia ó su respon- sabilidad, bien que nadie lo acusara, á lo menos en la ocasión á que aludimos, decía así á su respetable auditorio:

«El estómago es la co- cina de este pequeño mundo humanitario, pero sin muelas que preparen el guisado, es inútil la co-

cina. Por consiguiente, señores y señoras, míos y mías, la dentificación es un precioso aparato, anterior y supe- rior al estómago física y moralmente. Y, una de dos, ó el estómago ha de reconocerse y declararse *à priori* depen- diente de las muelas, ó tiene que irse con la música á otra parte.»

Aquí interrumpió el insigne gárrulo su bárbaro discurs- o, mas sólo para despachar algunas cajas de te indio y otras yerbas, única solución de continuidad admisible en su fluída facundia.

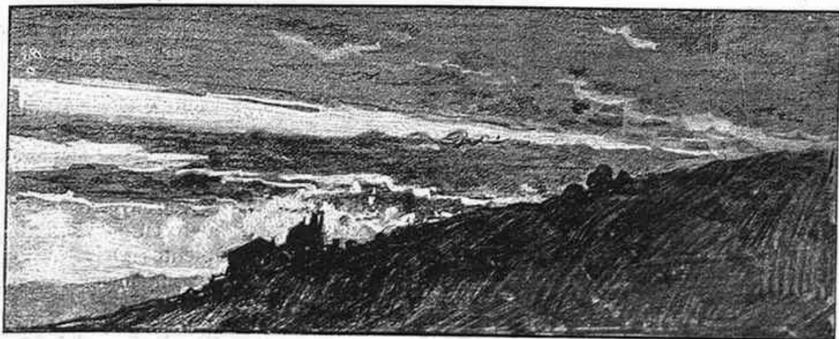
Y hecho esto, continuó persiguiendo la conclusión que buscaba, añadiendo con sin igual gallardía:

«Está, pues, en relación directa é inmediata uno con otro aparato, y entra, por consecuencia obligada, en la competencia del dentista, si como *verbo y gracia*, sabe su obligación, todo el conducto digestivo-intestinal, desde la boca hasta... perdonen ustedes el modo de señalar.»

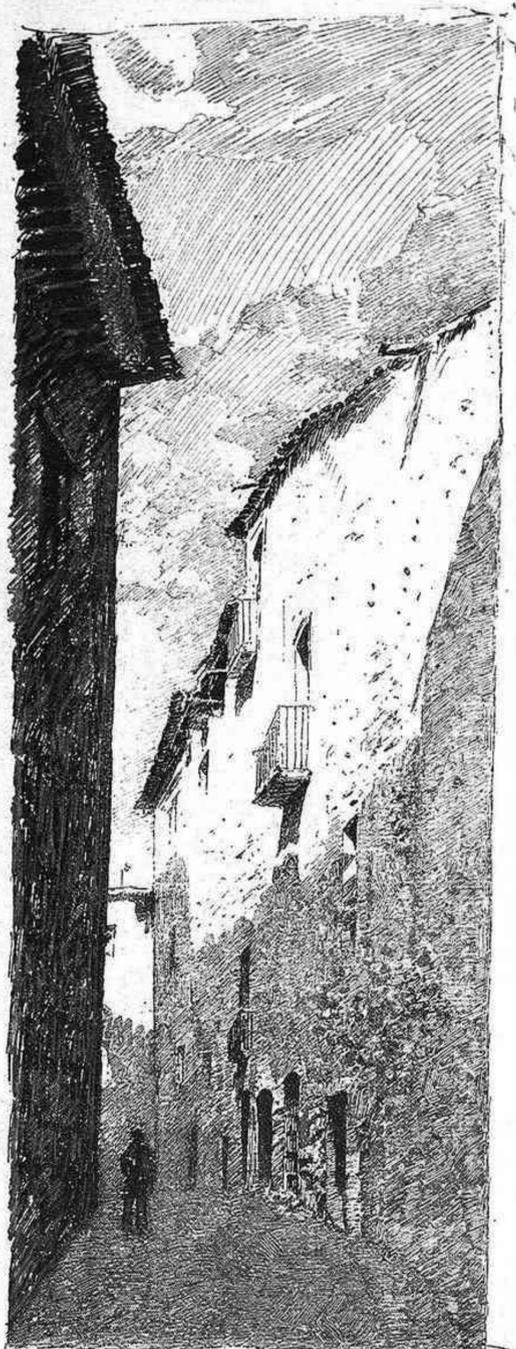
Y para que no quedara duda del punto en que, según él, terminaba su competencia, anunciaba *incontinenti* hojas de loto, como el más precioso específico para curar las almorranas.

Claro es que entraba en su competencia, según su arrastrada lógica; sino que este industrial vendía también pastillas de jabón de leche de almendra, de afrecho y otros extraños lactinios, no sabemos por qué otra rela- ción ó dependencia odontológica.

Hay otros charlatanes, que al són de algún instrumento, por lo común pulsátil, cuando no de viento, de vendaval, de pistón, y siempre al compás de su asombrosa charla, venden en calles y plazas y en medio de un corro de pú- blico, ilustrado siempre, mil utensilios, trebejos y barati- jas; pero estos charlatanes son de ínfima ralea, como quiera que no tienen título de sacamuelas, y no pue- den por consiguiente alegar en su abono y conciencia,



APUNTE DE PAISAJE



UNA CALLE DE VILAFRANCA DEL PANADÉS
(apunte del natural)

ni arte, ni aún legítima charlatanería. ¿Cuándo, ni cómo, ni en qué pudiera equipararse a la culta y técnica locuacidad de un cirujano *dentífugo* ó *dentífirico* la bárbara peroración de un ignaro pedestre buhonero?

«¡Maldito charlatán!» decía con mucha sal y pimienta uno de estos cirujanos, que estando un día en uso de la palabra, se veía con frecuencia interrumpido por el abuso de otra más chillona, pero nada odontológica. «¡Maldito charlatán!»

Y aun añadía dirigiéndose a lo más granado y culto del ilustrado público:

«¡Cosas de España! Si hubiera aquí buen gobierno, prohibiría la autoridad hablar en público a los charlatanes en perjuicio de los que tenemos título profesional muy bien ganado.»

Es gallardía.

Pero no á humo de paja lo dijo quien lo dijo, pues este charlatán con título profesional y todo, á quien nos guardaremos muy mucho de nombrar, porque tomaría infaliblemente la palabra para alusión personal y estaría hablando hasta el día del juicio; éste, como todos los de su profesión, exhibe públicamente en cada sesión al aire libre, no ya sólo sus títulos profesionales, expedidos en París ó



EN EL PASEO (croquis á la pluma)

Nueva-York ó en la misma universidad de Oxford, sino también certificados tan fidedignos como honrosos, de admirables curaciones, y diplomas de cruces y calvarios, concedidos por reyes y emperadores y hasta por el mismo Pontífice Romano.

Y si no los exhiben en la rigurosa acepción de la palabra, los presentan, que viene á ser lo mismo, los ofrecen en mano á la lectura del público ilustrado, aunque á la conveniente distancia ó altura para que no pueda leerlos el ilustrado público.

La intención basta, cuando hay buena fe; y la buena fe de tan honorables profesores, sin contar con la nuestra, nos veda creer que sean papeles mojados.

III

Hay, y no puede menos de haber, según dijimos, sacamuélas en todas partes; sino que el sacamuélas, como los grandes cetáceos, no es pez que navegue en mares de poco fondo. Por eso, pues, si bien hace excursiones á los pueblos subalternos, cuando su propio instinto le advierte que hay que sacar algo, su residencia ordinaria es la capital.

Aquí tiene su laboratorio, ó técnicamente, su gabinete; gabinete ó laboratorio echado á los cuatro vientos de la publicidad y aun á los treinta y dos de la aguja de marear, con sólo el soplo de un anuncio, que en letras de cuerpo entero dicen, como quien dijera: *Hipócrates, Príncipe de la medicina*:

LUCAS GÓMEZ, PROFESOR DENTÍFRICO

Algunos, más cultos, ponen: *Odeontológico*.

Otros, más modestos, ponen simplemente: *Dentista*, después del Lucas Gómez, por supuesto.

Como quiera que sea el gabinete por fuera, por dentro es el estudio del profesor; sino que el tal profesor no tiene que estudiar nada, por la sencilla y á la vez poderosa razón de sabérselo ya todo.

Con esto, no hay allí cosa de libro, ni hace maldita la falta; sino llaves maestras, tenazas, gatillos, perros, diablos, y demás instrumentos de sacar.

Esta cerrajería odontológica no es ni debe ser nunca numerosa; lo primero, porque no lo exige la operación de sacar, que facultativa y todo, consta sólo de tres tirones, aunque hay ejemplos de más; y lo segundo, porque ha de responder á la necesidad ó conveniencia de que el gabinete sea portátil.

En efecto, dentro de estos límites, todo el gabinete del sacamuélas cabe en un coche de alquiler, que ya con este aparato primordial y algunos accesorios de efecto, viene á ser la tribuna del más gárrulo de los oradores, y el verdadero trono, á veces con dosel y todo, del rey de los profesores públicos, del profesor de *odeontología*.

Y es de ver cómo se engríe, vestido de sociedad y aún de toda etiqueta, *secundum quid*, y hasta arrogante y gentil de su persona, aunque notenga cinco pies, como quiera que está en alto y con ó sin perdón, á todos se los pasa por debajo de la pata; se engríe y con razón, porque está en berlina, es decir, en exhibición, en exposición universal, luciendo todas sus facultades y aptitudes, no ya sólo de sacamuélas y *perorador*, que es un orador más largo, sino hasta de prestidigitador; expediente con que abre la sesión, aunque esté solo, bien seguro de atraer muy luego público ilustrado con el incentivo, siempre aceptable, de un espectáculo *gratis dato*.

No por eso sale de situación ni deja de estar en carácter el licenciado sacamuélas, aunque á primera vista no se alcancen bien las relaciones de los dientes con los titeres.

En el coche, como en su propia cátedra, explica luego el profesor con pasmoso desenfado, osteología, odontología, veterinaria, en fin, aplicada al arte de sacar muelas.

Y las saca, uniendo la teoría á la práctica, porque al buen pagador no duelen prendas; las saca y las pone, limpia, fija y da esplendor, ni más ni menos que la Academia Española; aunque lo que es poner, no pone nada, sino en su gabinete, donde se dejó los dientes. Y ved qué cosa: estas piezas que con mejor derecho que el loto y el te indio entran en su competencia, no son hechas por el profesor, sino por un menestral acaso extraño á la profesión. Así es que muchos dignos sacamuélas se desdennan de ponerlas y sólo se consagran á sacar.

A vueltas de esto y lo otro y lo de más allá, pondera sus largos estudios; la utilidad que han traído á la ciencia y á la humanidad, ambas dolientes, sus más largos viajes; el primor de sus manos en esto de sacarlo todo, sin maldito el dolor; se despacha, en fin á su gusto.

Y no acaba nunca; acaba, sí; pero como si no acabara, porque vuelve á empezar.

Y todo esto con fluidez vertiginosa, con habla desortografiada, con supresión de puntos y comas, sin más interrupción que las facultativas, gárrulas también, de sacar y meter, ó sea cobrar después de los tres tirones.

No hay que extrañarlo: está en su cátedra, y además y sobre todo está en la lección de todos los días y naturalmente se la sabe de memoria.

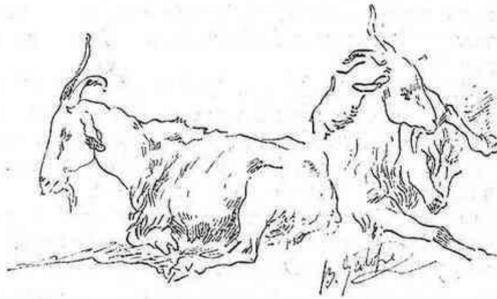


EN EL TEATRO (croquis á la pluma)

Ni se dejó en el tintero de su abundosa elocuencia el justo encomio de su desinterés, que llega, con la cola á lo menos, á la abnegación. Saca *gratis et amore* las muelas á los pobres de solemnidad, bien que saque lo que puede á los demás pobres pacientes; y no quiere sacar cosa de hueso á los ricos, sino en último extremo, pues dice en beneficio ajeno y contra el suyo propio á voz en grito que toda extracción inutiliza, no uno solo, sino dos preciosos instrumentos de masticación, de nutrición y de vida, y debe aconsejarse su conservación dentro de la moral *dentífirica*.

He aquí un desinterés que tiene tres bemoles, porque en efecto está dentro de la moral común. Pero en la *dentífirica*, como muerto el perro se acabó la rabia, no quiere el sacamuélas empezar por matar el perro de cuya rabia vive, y se esfuerza con la mayor *abnegación* en vender antes todos sus paliativos, teniendo como tiene asegurado el duro de la extracción.

(Continuará)



APUNTE (del natural)

LA CUEVA DE HÉRCULES

POR D. J. ORTEGA MUNILLA

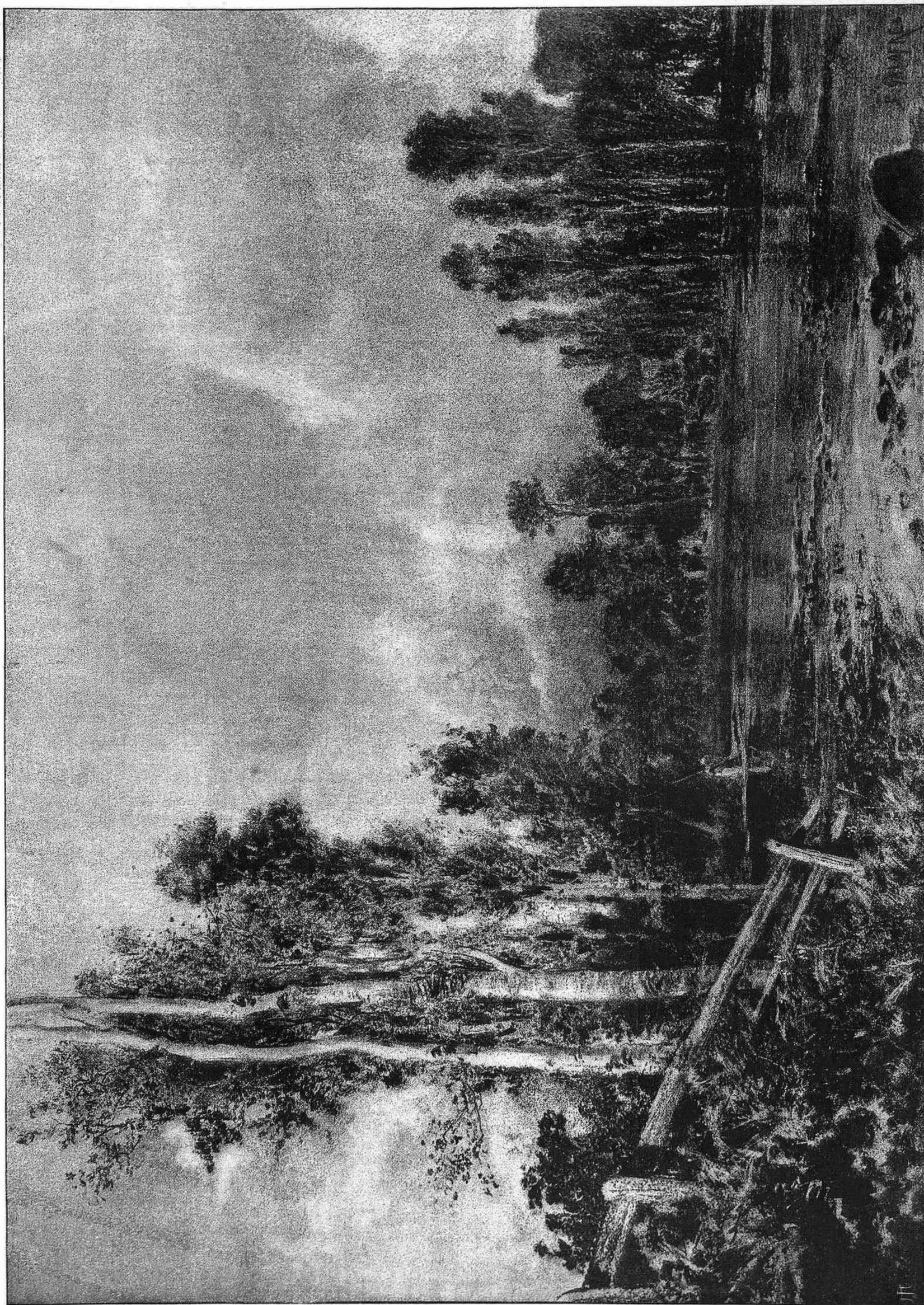
I

¡Toledo! Una ciudad de encaje viejo, carcomido por este lado, apollillado por el otro, hundido aquí y allá; chafada, envejecida, caduca; patria de la gloria; calavera de una civilización completa que en las artes fué definitiva; enorme cráneo descarnado y frío dentro del cual latió pletórica la vena del pensamiento; panteón de la fe...

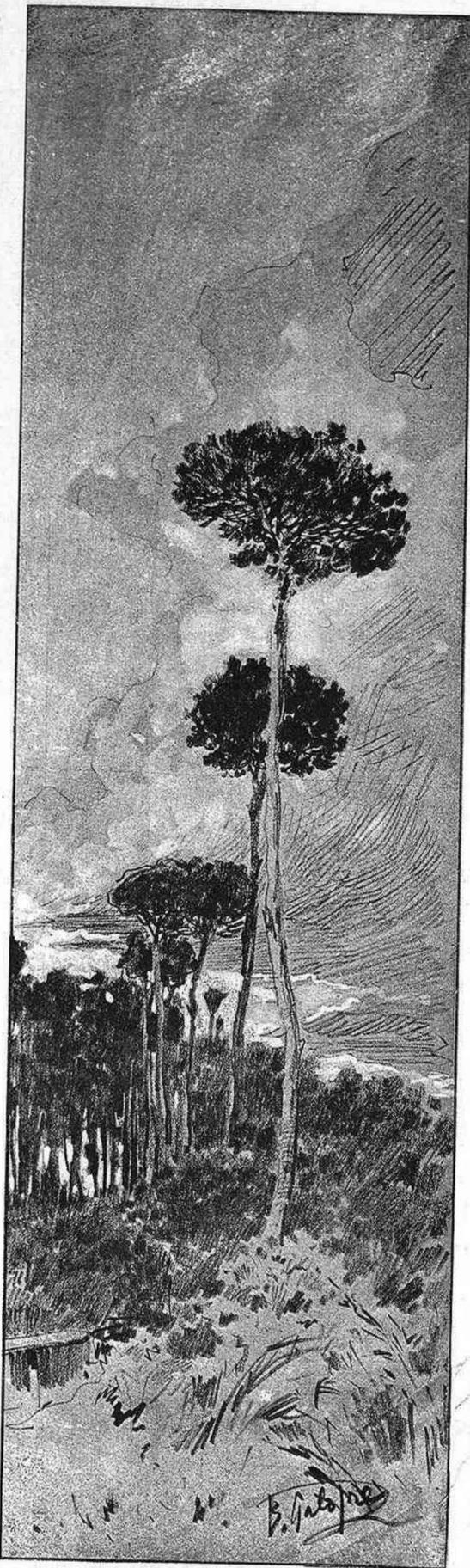
A tí voy. Déjame husmear el polvo de tus leyendas y buscar una. Déjame copiar lo que el pueblo dice. Copia será de sus errores y de su fe. No respondo de ellos más que como el eco de la montaña responde del salvaje y ronco grito que el viento furioso le arrancó.

Sobre siete colinas, á semejanza de la que fué señora del mundo, álzase soberbia y majestuosa la idolatrada de los godos, la llorada perla de los sarracenos, la enamorada del rey D. Pedro de Castilla, y la muy querida y mimada del emperador Carlos V. Báñala el caudaloso Tajo, que la aprisiona arrullándola con sus cristalinas aguas, y rodéala, perfumándola con sus balsámicos olores, la más hermosa y florida de las vegas. ¡Toledo! ayer testigo de la lucha, la adversidad y la gloria; hoy oscuro y viejo rincón, que cuenta por piedras los monumentos. Del sagrado polvo de los héroes y de los mártires surgen los inapreciables encantos del arte.

Al acero damasquino, á la temible adarga, le sucede el lápiz y el buril del entusiasta artista. A la desolación y muerte, el elocuente silencio del literato pensador. Al



ORILLAS DEL ANIENE, ROMA, paisaje al carbón



PAISAJE DE OSTIA (Roma)

inferior medio cubierto por largo y erizado bigote que se confundía con su áspera barba; más parecía fiera que humana figura el señor Jimeno Esquivel de Silva. Vestida su antipática persona de rica dalmática, é inmóvil como una estatua, levantaba con la siniestra mano magnífico y bordado tapiz que ocultaba en la sombra regio lecho, donde descansaba en medio de pudoroso abandono una joven y encantadora mujer, sonrientes sus labios con el dulce placer del amor, y en desorden, medio tapando las ricas almohadas, su negra y abundante cabellera.

De cuando en cuando las aguosas y repugnantes pupilas del feudal llameaban de ira, posándolas horriblemente sobre el lecho; contraía su boca y su comprimida respiración entreabría convulsivamente sus anchas fosas nasales por donde salía el aliento como agudos y apagados silbidos de venenoso reptil. Mordíase los labios hasta hacer brotar sangre de ellos, y maquinalmente llevaba la diestra á la empuñadura de su daga.

— Si le amo tanto, — decía apenas con imperceptible y argentina voz, entre sueños la hermosa.

— Hámme dicho, que apretando con suavidad el lado del corazón del que sueña, hace revelaciones y contesta á las preguntas que se le dirigen, — balbuceaba con opaco acento el de Silva, llevando su velluda y morena mano sobre el corazón de ella.

Un sacudimiento nervioso agitó los músculos de la bella mujer y un ligero carmín coloreó sus mejillas, y su boca se contrajo desdeñosamente al sentir el contacto de aquella grosera mano sobre su ebúrneo seno.

— ¡Vive Dios! — prorrumpió el caballero, golpeando con ira el pavimento. — ¿Contestará? — murmuraba coléricamente, por lo bajo, hablando consigo mismo.

— Sí, ... sí, le amo, — profirió de nuevo ésta, con voz más clara.

— ¿A quién? — dijo él, súbitamente, abriendo desmesuradamente los ojos que parecían querer salirse de las órbitas.

— A Lisardo, — contestó ella amorosamente. Y luego, después de una leve pausa, una sonrisa fugaz se dibujó en sus labios, exhaló un hondo suspiro, y prosiguió de esta manera. — ¡Lo juro! no lo sabrá jamás; mi secreto morirá conmigo. Siento por él el santo y puro amor como yo lo concibiera antes de ser vendida en cuerpo y alma al de Silva. — Y en medio de fatigosa y anhelante respiración, exclamó mesándose fuertemente los cabellos. — ¡Jamás, jamás faltaré á mi deber! Mi deber y mi honra, para mi señor esposo. Mi alma y mi corazón para Lisardo, — y cayó inerte, como si la muerte hubiera hecho en ella eterna presa.

El esposo ofendido, seguía con la mano sobre el corazón de su infeliz mujer, mirando con extraviados ojos y gesticulando horriblemente. Con mano convulsiva desnudó la daga, levantóla tres veces para herir, y otras tantas quedó paralizado el golpe. De pronto, verificóse en él un repentino cambio: serenósele el rostro, sus ojos cobraron de nuevo la tranquilidad perdida, soltó pausadamente la cortina, y fué lentamente y cabizbajo, sin poder contener la sarcástica sonrisa que se dibujaba en sus labios. Algún proyecto infernal bullía en el cerebro de aquel desalmado.

* *

— Daos prisa ¡vive Dios! que hartos me tienen vuestra cachaza y flema, — decía con imponente voz el que parecía jefe de un pelotón de hombres, que llevaban divididos en dos grupos, dos bultos de forma humana.

— ¡Válgame el Cristo de la Luz! — exclamaba uno de la comitiva, — ¡qué noche! jamás la conocí igual, á pesar de mis años. — ¡Esto parece el fin del mundo! — murmuraba entre dientes un segundo. — ¡Ave María purísima! — exclamó horrorizado otro, haciendo rápidamente la señal de la cruz, deslumbrado por vivísima y verdosa claridad, acompañada de horrísono estruendo por seco trueno que repitió pavorosamente á lo lejos el eco. — ¡Esto es el diluvio! — repetían todos en coro por lo bajo.

La lluvia iba cesando, oyéndose en lontananza el ruido del trueno que se confundía con el bramido del viento que silbaba con furia entre el follaje de los árboles. De cuando en cuando, y en medio de la oscuridad, se dibujaba en el horizonte la fulgurante silueta fosfórica del rayo que alumbraba los objetos momentáneamente, para dejarlos de nuevo en la penuria de la sombra.

Hicieron alto en un sitio tan agreste como solitario. Un enorme peñasco destacábase como sombrío fantasma sobre el cielo. De un agujero profundo



EN EL TEATRO (apunte del natural)



BAILARINA (estudio del natural)

abierto en la roca, salían enormes troncos y raíces que se agarraban fuertemente y se introducían por las grietas, como hace en el mar el pulpo; dentro del agujero se oían ruidos extraños; parecía el inmenso estómago de una fiera durante la digestión.

— ¡Santo Cristo! — exclamaron aterrados, como un solo hombre. — ¡La cueva de Hércules!!

— Entrad, — dijo el jefe.

Miráronse unos á otros y retrocedieron vacilando.

— ¡Cobardes! — repitió aquél y entró el primero.

Un grito de admiración partió del grupo, y, aunque indecisos, siguiéronle todos en confuso tropel.

Una vez internados en la cueva, el jefe mandó encender las antorchas.

Guiados por ellas

empezaron á caminar lentamente, poseídos de mortal espanto. Con frecuencia se desandaba lo andado, por el temor más pueril, ó alegando precaución hija del miedo.

El motivo, sin embargo, tenía su fundamento: nada más original ni más imponente y raro á la vez, que aquel sombrío agujero, de desiguales y fantásticas proporciones, que se hundía en las entrañas de la tierra: sembrado por doquiera de pilastras y figuras toscas, incrustadas entre las mil y mil diversas estalactitas que tan pronto pendían de la bóveda natural de la cueva, como surgían inesperadamente del suelo, impidiendo el paso: multitud de agujeros abiertos en las paredes en forma de osarios: de trecho en trecho veíanse en el suelo profundos hoyos, algunos de ellos con charcos de cenagosa y pútrida agua. De pronto, y con sorpresa de todos, paróse el que hacía de guía: volvió el rostro á sus compañeros é hizo ademán de hablar. Algunos signos inarticulados demostraron bien pronto el terror de que se hallaba poseído. Alzó temblorosa mano y señaló con ella á sus compañeros un inmenso sarcófago de piedra del que descollaba, en ridícula postura, un esqueleto de grandes proporciones. La calavera parecía animada: sus ojos, diminutos y fosforescentes, parecían girar por sus grandes fosas orbitarias, con vertiginosa rapidez, ora centellantes, ora apagándose. Apenas vueltos del asombro que les produjera la vista de aquel fenómeno, el esqueleto se deshizo en polvo como herido por violento rayo. Dos fuertes y lastimeros silbidos repercutiéronse por la cueva. De improviso empezó á salir del sarcófago un cuerpo monstruoso, con pequeña y estrecha cabeza: dirigió su horrible mirada por todos lados: abrió desmesuradamente la boca, roja como el fuego, y se dispuso á saltar al suelo.

— ¡Horror! — exclamaron todos, haciéndose á un lado, — la culebra de Hércules.

— Atrás, villanos: nada temáis, — gritó el jefe, adelantándose hacia el reptil, que le acechaba dispuesto á lanzarse sobre él, pero éste, con un hábil y rápido movimiento, vertió unas gotas de un pomo que llevaba preparado, sobre la cabeza del reptil, que desapareció, cayendo como herido de muerte, en el fondo del sepulcro.

El jefe sonrió con desprecio y miró con desdén á los que le seguían aterrados. Habló al oído de éstos, y á los pocos momentos aparecieron en el suelo dos masas inertes que contenían los dos bultos que antes trajeron. Quedaron admirados en presencia de dos seres humanos, que



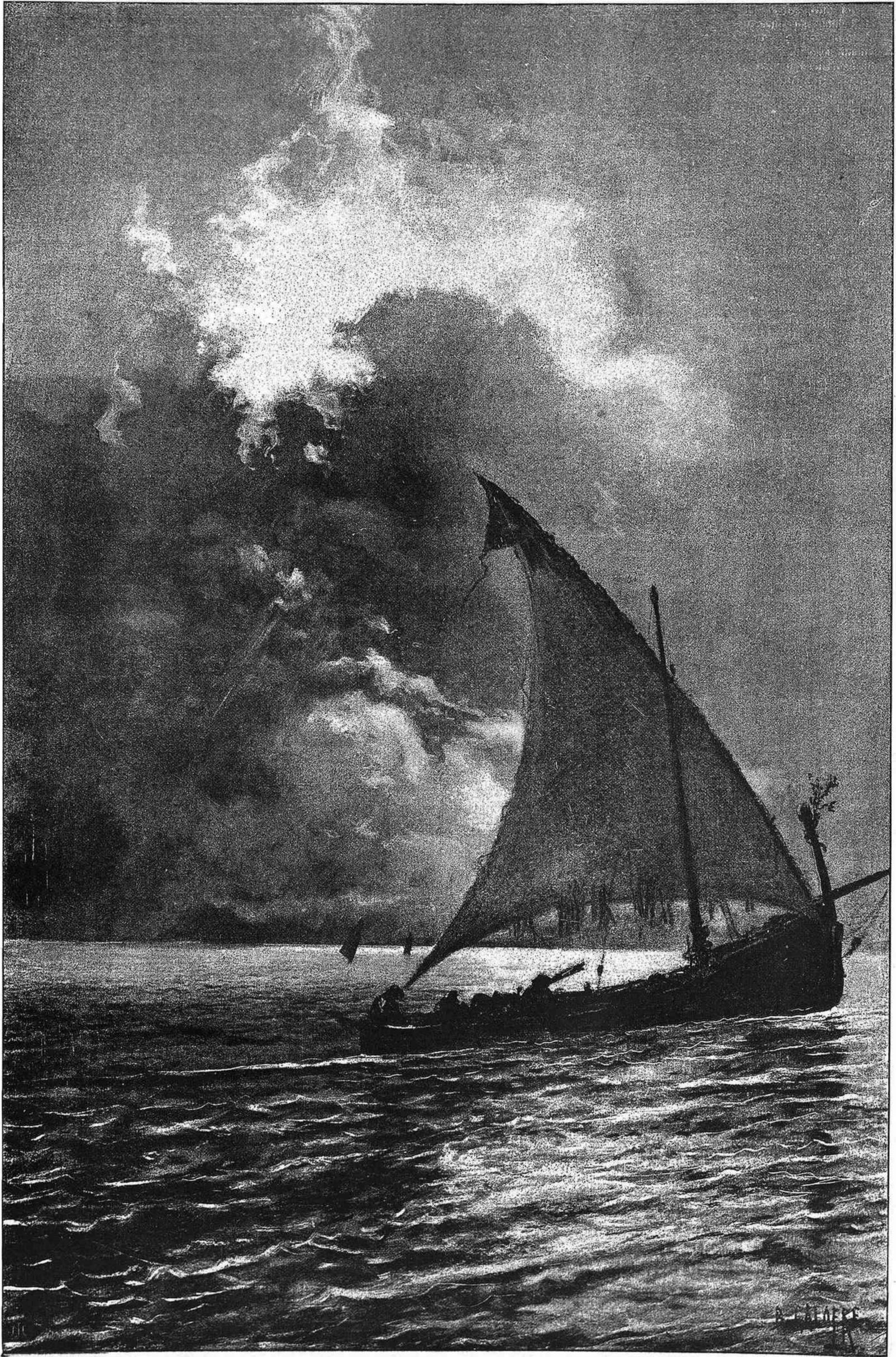
EN EL TEATRO (apunte del natural)

estruendo y carnicería del combate, la lucha pacífica y gloriosa de las ideas. ¡Oh sacrosanta ley del progreso que todo lo vivificas con tu sople!

Registrando nuestra historia, hállase entre sus gloriosas páginas una, oscura y vergonzosa, que pone de relieve una época tan funesta como despreciable. El reinado del torpe é imbécil rey Enrique IV. ¡Desastrosa época de la Edad media! Males grandes afligían á España; pero más grandes pesaban sobre la ciudad de Toledo, en medio de la política tan funesta seguida con torpe obcecación por aquel monarca. Las divisiones surgían constantemente y de ahí creábanse los partidos en perpetua lucha. Dos bandos había que descollaban por el ciego furor con que peleaban y por sus crímenes y fechorías. Los Silvas y los Ayalas. Odiábanse á muerte. Verdadero odio de razas, sostenido y originado por dos familias.

Un señor feudal que acaudillaba los primeros y que gozaba en Toledo de gran posición, temido por su carácter inflexible y sanguinario, y por sus relajadas costumbres, y por los desafueros de que eran víctimas todos aquellos que tenían la negra suerte de caer bajo su fiero dominio.

Alto, de robustos y hercúleos hombros, de gruesa y chata cabeza; con salientes pómulos, de pequeños y hundidos ojos medio ocultos por espesas y desmesuradas cejas. Deprimidos los parietales, poblado su cuadrado y pequeño cráneo de largo cabello tan rebelde que asemejábase á la cerda; de boca grande con abultado labio



MARINA DE NÁPOLES, dibujada al carbón

á pesar de conservar el sonrosado color que presta la vida, los músculos mostraban contraídos y rígidos como los de un cadáver.

— Atadlos en esas dos columnas: uno enfrente del otro, — decía el jefe. — Asegurad bien sus pies y manos por medio de esposas. Sujetales fuertemente las cabezas con sólidas argollas en los cuellos. — Hubo un momento de pausa, que el jefe invirtió en inspeccionar detenidamente las ligaduras. Debíó quedar satisfecho: se acercó á uno de los esbirros, tomó de sus manos una antorcha que enclavó en una grieta, y ordenó que salieran á esperarle todos fuera en la entrada de la cueva.

Una vez solo, el señor Jimeno Esquivel de Silva, que no otro era el jefe de aquellos bandidos, sentóse con glacial indiferencia ante las dos víctimas, colocó la diestra mano debajo la barba, apoyó el codo sobre el muslo, y quedóse atento mirando fijamente aquellos dos cuerpos inmóviles, á pesar de estar llenos de vida.

— Si habré tenido la mala suerte de matarlos, — decía con repugnante gesto y apretando convulsivamente sus puntiagudos y negros dientes. — ¿Acaso habré sido víctima de un engaño por parte de aquel miserable judío? ¿Habrá sido veneno lo que han tomado en lugar del narcótico convenido? ¡Ira de Dios! si tal sucediere...

Apenas acabara de pronunciar la última frase, cuando de aquellas víctimas, empezó á dar visibles señales de vida.

— ¡Ah! vive, vive, — exclamó con infernal alegría el de Silva.

— ¡Socorro, socorro! — gritó dolorosamente y abriendo los espantados ojos, aquella hermosa criatura, fuertemente atada, suelta su larga cabellera, y mirando aterrada por todos lados, sin darse cuenta de su cruel situación.

— Así se castiga á las adúlteras: en vano será que grites, ni forcejees, — respondía á sus lamentos el de Silva, con ronca voz é irónica sonrisa. — Morirás de hambre en medio de los más atroces tormentos. Tu muerte será lenta, horrible, cruel; tan sólo comparable á mi odio y á mis celos.

La infeliz víctima al volver á la vida, después del letargo, comprendió su espantosa situación: no se dignó, pues, dirigir una sola mirada á su verdugo; levantó al cielo sus hermosos ojos arrasados en lágrimas, balbuceando con imperceptible voz, la suficiente para que la oyera su concien-



PAISAJE (del natural)

cia: — ¡Dios mío, soy inocente! — Dejó caer sobre el pecho su hermosa cabeza y empezó á orar en medio de amargo llanto. Su cruel verdugo contestaba á aquellas lágrimas con diabólicas carcajadas.

Levantóse bruscamente el de Silva, al ver que por momentos se acababa la luz de la antorcha. Cogióla con precipitación, arrimóla á la cara del gallardo mancebo maniatado, miróle con desenchajados ojos, contrajéronse sus labios dejando paso á satánica sonrisa, y con aire de estúpida alegría levantó la mano á la altura del rostro del inmóvil joven, y la hizo chocar contra su mejilla.

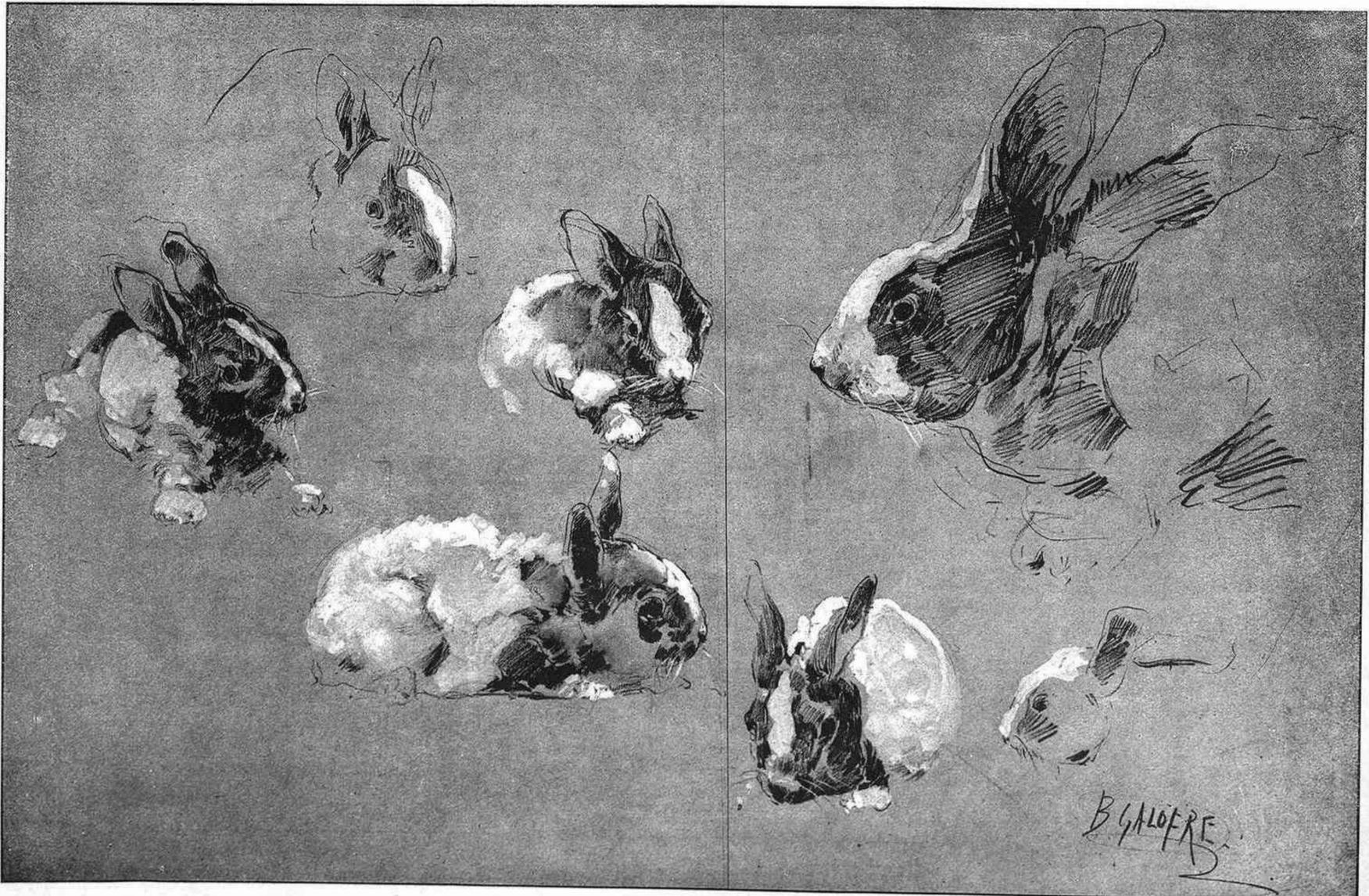
Al contacto de aquel golpe, despertó de su postramiento Lisardo, y mirando por tres veces consecutivas de arriba á bajo á su adversario le dijo con imponente voz: — Así es de la única manera que los Silvas pueden vencer á los Ayalas. Ven, ven, — decía forcejeando, lleno de cólera y rabia, — ponte no más que al alcance de mi rostro...

Pero el de Silva comprendió que la luz se extinguía y que sin ella estaba perdido, y echó á correr perdiéndose por completo sus pisadas á los pocos momentos. A poco,

que todo mi pensamiento esté con vos. Ni una palabra más; ni un suspiro, ni una sola queja exhalarán mis labios. No os veo, y mi entendimiento se embelesa. Dentro de breves momentos y cuando falte á mi desventurado cuerpo la vida que daría gustoso por salvar un grano de la vuestra, seguiré adorándoos. En este solemne momento mi alma toda sonríe de amor. ¡Adiós... señora... mía... muero por vos!

— ¡Lisardo! ¡Lisardo! ¡Maldita oscuridad! ¡Dios de los cielos, salva su vida... prolongala...! Habla, habla, — decía en medio de amargo llanto y en entrecortadas frases. — Ya que no me es dado verle, que tenga la inmensa dicha de oírle. ¡Oh! malditas ligaduras, — prorrumplía en medio de la mayor desesperación, — ¡por qué me aprisionáis! ¡dejadme siquiera por un momento! ¡Monstruos de piedra, compadeceos del amor ya que no de la mujer! ¡Oh! por compasión, dejad que mis labios se posen sobre los suyos por primera y última vez. Anda, corre, alma mía, y devora á besos su rostro. ¡Toma!

(Continuará)



ESTUDIOS DEL NATURAL

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN